



ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

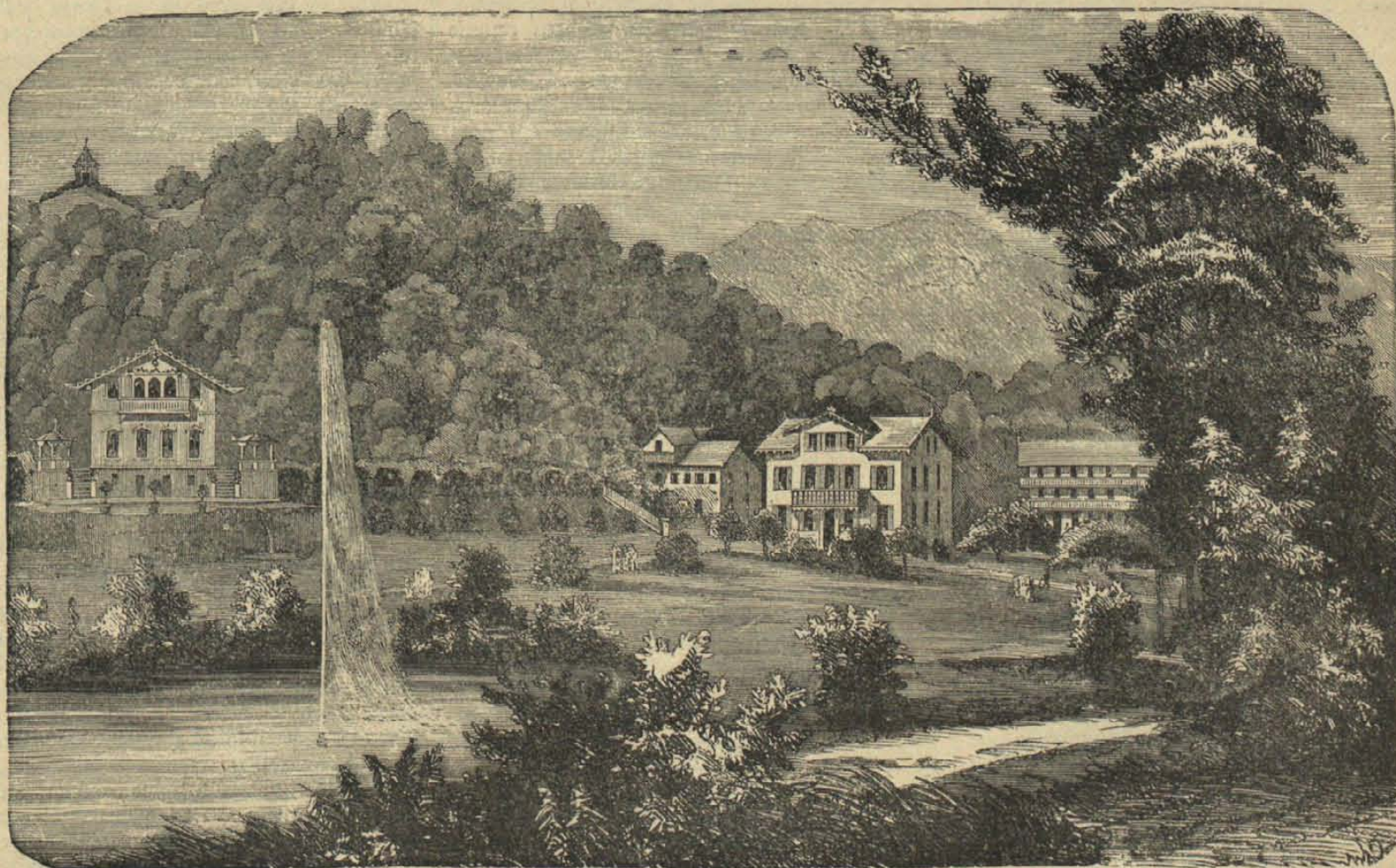
NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Un mes.....	1,50 pts.
Tres meses.....	4 "
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

NÚMERO 15.—Madrid 15 de Agosto de 1892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EXTRANJERO.	
Seis meses.....	11 francos.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

PAISAJES DE VERANEO



VISTA DE CHANELAZ, EN SUIZA

ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros lectores que se fijen en el anuncio *Las Instalaciones del alumbrado eléctrico*.

SUMARIO

TEXTO

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—3 de Agosto de 1492, por Angel Salcedo.—Magdalena, por Fernán-Caballero.—Nuestro arte religioso, por José Ferrándiz.—¡Pedreiales de mi vida! por Manuel Polo y Peyrolón.—Acacio Cáceres Prat.—La Flor del Carmelo, por Acacio Cáceres Prat.—Las mujeres de los sectarios, por D. Antonio Balbín de Unquera.—Reclamamos.—Anuncios.

GRABADOS

Vista de Chancelaz en Suiza.—José pára el sol en su carrera.—Verdadero retrato del V. P. Diego Luis de Sanvitores.—Licurgo consultando el oráculo.—La Asunción.—Vista de Colonia.

LA QUINCENA

Venient annis
saecula seris, quibus oceanus
vincula rerum laxet, ingens
pateat tellus, Tiphisque novos
detegat orbis, nec sit terris
ultima Thule.

(Séneca.—*La Medea*.)



E este modo el más insigne de los filósofos romanos, maestro de Nerón y víctima ilustre de la crueldad de su regio discípulo, sintiendo estremecido su espíritu con aquel estremecimiento profético que agitaba á las pitonisas, lanzó á sus contemporáneos la singular noticia de la existencia de un nuevo mundo, pronosticando de paso que había de llegar un día, oculto en los remotos siglos, en que el hombre venciera las ondas del Oceano y un nuevo Tifis hollara con su planta las misteriosas regiones perdidas en la vasta soledad de los mares.

Un piloto del siglo XV, habilísimo en su profesión, incansable en el estudio, sabedor de todas las opiniones sustentadas por la docta antigüedad acerca de la tierra y del Oceano, hombre pensador, preocupado siempre su entendimiento con los difíciles problemas cosmo-gráficos, llena su fantasía de alucinaciones extrañas que eran casi proféticas visiones, había llegado á adquirir la certidumbre de la esferoidad del planeta, y basado en esta profunda convicción de su espíritu trataba de buscar un camino más corto que el del Cabo de Buena Esperanza para arribar á las Indias orientales. Así manifestaba, ó hasta ahí llegaba, á lo menos, en la manifestación de su pensamiento. Acaso temía que de manifestarlo por entero, no le fuera dado realizarlo. Porque la existencia de un nuevo camino para las Indias, era cosa, después de todo, racional y científicamente demostrable; pero la existencia de un nuevo continente era imposible de ser creída por quien no lo hubiera visto con sus propios ojos ó careciera de esa milagrosa intuición que Dios concede á algunos hombres superiores cuando los elige como instrumentos de su Providencia, para que mediante su concurso se verifique uno de esos acontecimientos extraordinarios que influyen de un modo decisivo en el destino de la humanidad.

Pero aquel pensamiento del nuevo camino de las Indias, era, no obstante su credibilidad relativa, muy superior á las luces de aquel siglo. Así anduvo Colón de corte en corte mendigando protección y cosechando desdenes. Así los sabios de la época lo tuvieron por loco, y por un hombre estafalario el pueblo. Así tuvo que andar toda entera esa triste calle de

la Amargura, patrimonio exclusivo de los grandes hombres, senda de espinas y abrojos, verdaderamente providencial, porque en ella se aquilatan las almas elegidas que en las luchas de la contradicción y entre los ásperos dolores de la penitencia se hacen cada vez más dignas de su vocación y aptas para el cumplimiento de su providencial destino.

Triste y desalentado, tronchadas sus ilusiones y casi ya perdida la esperanza, pensando con amargura en que el logro de sus deseos se hallaba cada vez más lejano, tan lejano como aquel horizonte de la *mar tenebrosa* que era la constante preocupación de su espíritu, llegó con su hijo, que desfallecía de hambre y sed, á las puertas de un convento. Desde aquel instante varía su destino. En Fray Juan Pérez y en Fray Antonio de Marchena va á encontrar cuanto anhelaba; en los humildes frailes franciscanos del convento de la Rábida, los primeros amigos y los primeros defensores de su idea, el núcleo de prosélitos que todo pensamiento nuevo necesita para germinar al amparo de la intimidad y del misterio; en la Iglesia católica, en suma, la protección que el mundo le ha negado; y aquel pensamiento, lanzado, como á la ventura, en el seno de la civilización clásica, incapacitada por sus vicios y por su feroz egoísmo para comprender y llevar á cabo nada verdaderamente grande, va á encontrar por fin en el seno de la civilización cristiana y al amparo de la Cruz de Jesucristo su debida realización y cumplimiento.

**

Que la parte principal en la gloria del descubrimiento de América corresponde á la Iglesia católica, nadie que no tenga velados los ojos del espíritu por preocupaciones de escuela, podrá desconocerlo. El Padre Santo acaba de recordárselo al mundo con maravillosa elocuencia. *Columbus noster est*, ha dicho el Soberano Pontífice, y bien podemos los católicos repetir este grito de nuestro Padre con veneración y con entusiasmo. La Iglesia preparó el descubrimiento y bendijo á los atrevidos exploradores en su solemne partida; ella sin fijarse entonces como nunca en bastardas miras de material dominación, atendió pura y exclusivamente á la salvación de las almas y á la civilización de aquellos pueblos sentados en las sombras de la muerte. Sus misioneros recorrieron de punta á punta el nuevo continente, y la audacia y el ardor de los conquistadores no sostienen la comparación con el ardor y la audacia de los oscuros propagandistas de la Buena Nueva. Los humildes operarios del Evangelio han llegado en este punto á la sublimidad del heroísmo. La Iglesia preparó para la vida de la independencia y de la libertad, como así lo reconocen hoy los más ilustres americanos, á aquellas jóvenes nacionalidades, cerrando sobre sus frentes las aguas del Bautismo, esas aguas sagradas que habían ya fecundizado en otro tiempo á todas las naciones de la vieja cristiandad europea.

El Catolicismo fué el que sazonó el genio de Colón, y el afán por la salvación de las almas fué el talismán misterioso que impulsó en su obra inmortal al más insigne de los náuticos.

«¡Valor, intrépido navegante!... decía Schiller, vé lleno de confianza en el Dios que te guía; surca ese mar silencioso... No ha sido creado ese mundo que tú buscas; va á surgir de las olas. Hay secreta alianza y unión entre la naturaleza y el genio.»

¡Y con qué valor, con qué grandeza, reivindicó León XIII para la Iglesia católica esta gloria purísima é inmortal de los siglos!

«El Papa, ha dicho *Le Moniteur de Rome*, comentando la admirable Encíclica, tiene el sentido de todo lo grande y provechoso. Vauvenargues decía que no es verdaderamente superior el que admira con moderación. Nunca se ha celebrado este descubrimiento con acento tan viril. Y León XIII continúa su discreto

himno al asociar á la Iglesia á esta maravilla. Aquí encuentra su alma una de sus inspiraciones favoritas. El, que es el Pontífice de las armonías entre la fe y la ciencia, entre la Iglesia y la civilización; El, que acepta con amor toda obra humana, que la bendice y la ilumina con los esplendores de lo alto, se siente en cierto modo en su patria intelectual, y se conmueve ante esta alianza entre Dios y el hombre, entre la Iglesia y la naturaleza, en el asalto dado á un nuevo mundo, de donde surgirán rayos más luminosos de civilización y de gloria. La América, que ama á León XIII, se manifestará orgullosa de toda esta página avasalladora de sentimiento, de justicia y de magnificencia.

A medida que León XIII avanza en la plenitud de sus obras, muestra un espíritu más abierto, libre y luminoso. Su arte se eleva al fundirse con la perfecta sencillez.

*E quel ch'è bello e'l caro accresce all'opre
L'arte che tutto fa, nulla si scopre.*

En vano tratará la crítica sectaria de arrebatarse á la Iglesia esta gloria, una de las que resplandecen en su diadema con más luminosos fulgores. La verdad se impone á todos los entendimientos, y esta es una de esas verdades que abruma con avasalladora influencia. El Sumo Pontífice lo ha dicho, y esta es, en este punto, la última palabra de la crítica histórica. *Columbus noster est.*

**

Y si como católicos Colón nos pertenece de derecho, es nuestro, ¿quién como españoles se atreverá tampoco á disputarnos esta gloria? Ni creemos que á nadie pueda ocurrirle semejante dislate. Génova, su patria, desconoció el mérito del más ilustre de sus hijos. Inglaterra y Francia ni aun se dignaron escucharle. Portugal, á la sazón en el apogeo de su gloria, y llegado también como España al más sublime momento de su vida nacional, tuvo por locuras los proyectos del gran descubridor y sus gigantescos planes por delirios de una imaginación enfermiza. Solo en nuestra patria encontró oídos benévolos que lo escucharan, inteligencias que lo comprendieran, corazones á la altura del suyo, hombres dispuestos á los mayores sacrificios por coadyuvar á su empresa y decididos á arrostrar todos los peligros, incluso los de aquel *tenebroso mar*, nunca surcado, que se presentaba á las imaginaciones con el prestigio de lo sobrenatural, cuasi de lo divino, como si el Supremo Hacedor se hubiera reservado aquel pedazo del planeta para castigar en él las almas de los réprobos, y reunir en sus lóbregos senos, azotados por eternas tempestades, los castigos y las plagas que desencadena á veces, en pena de horrendos delitos, sobre la humanidad pecadora, su soberana justicia. Como el rostro de Jehová para el que llegara á contemplarlo cara á cara, así aquel mar, para los incautos ó para los atrevidos que se aventuraran entre sus pérfidas ondas; no de otro modo lo consideraban los habitantes de nuestros pueblos ribereños. La gloria de Colón es indiscutible; pero ¿qué palabras serán bastantes á ensalzar como se merece la abnegación de los Pinzones, gastando en el equipo de las carabelas el corto caudal reunido á costa de tantas fatigas, de tantas batallas con el mar embravecido, de tantos trabajos, privaciones y sacrificios como la vida del mar lleva aparejados? Colón iba á realizar el anhelo de toda su existencia; contaba además con el empleo de Almirante, con el virreinato y gobierno general de cuantas tierras descubriera en el Oceano, y con la décima parte de las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias, producciones y mercancías de cualquier género que pudieran existir en los límites de su jurisdicción. Colón pensaba emplear estas riquezas en organizar una nueva cruzada á Jerusalén para rescatar el sepulcro

de Jesucristo. ¿Pero con qué recompensa contaban de antemano los Pinzones? ¿Con cuál contaban los 120 oscuros marineros que tomaron puesto á bordo de las frágiles naves, y se aventuraron á los peligros de aquella empresa nunca vista, sin otro acicate que las palabras que les chapurreara en mal castellano un pobre y advenedizo extranjero?

Sí. Nadie podrá disputar jamás á España el blasón de aquella gloria, sin igual en los anales de la humanidad. Sólo en España pudo ser comprendido el hombre providencial cuyas palabras eran como el verbo revelador de un mundo. Tan sólo respirando el ambiente, propicio á todo lo grande, de esta idolatrada patria nuestra, pudo germinar la maravillosa idea del inmortal piloto genovés, madurar debidamente, y salir, por último, del terreno de la especulación para convertirse en hecho grandioso é incomparable. Española fué la Reina insigne en cuyo magnánimo corazón repercutieron con ecos de simpatía los acentos de aquel pobre italiano á quien todos menospreciaban, y para quien vino á ser, en el naufragio de todas sus esperanzas, único puerto de refugio el gloriosísimo sío de Castilla. Españolas fueron las carabelas que realizaron el memorable viaje; en nuestras costas se construyeron y equiparon; de marineros españoles se formaron sus heroicas tripulaciones, y las banderas de Castilla y Aragón flotaron solas en sus gallardos mástiles. Manos españolas las bendijeron desde la playa en la mañana del 3 de Agosto de 1492, y españoles fueron los que *con miedo en el corazón, llanto en los ojos*, las miraron partir, atrevidas y ligeras, y con las postreras claridades del día desvanecerse sus fantásticos perfiles en el confín del último horizonte.

**

Feliz ha sido, pues, la idea de celebrar con inusitados festejos el cuarto centenario de suceso tan memorable. El simulacro naval verificado en Huelva, con asistencia de todas las escuadras extranjeras, ha resultado brillantísimo, y á esto se han reducido por ahora las fiestas del centenario; bien que no otra cosa entraba en la mente de sus organizadores, pues los principales festejos se reservan para el mes de Octubre, en el que tuvo lugar la llegada de Cristóbal Colón á las costas americanas. Las fiestas que para entonces se proyectan son en verdad grandiosas, y han de atraer seguramente á nuestra patria, y con especialidad á Madrid, buen número de extranjeros. Que nuestro Municipio, ya que piensa gastar en ellas tanto dinero, lo gaste como es debido, son hoy por hoy los deseos de todos los buenos españoles.

Los demás sucesos de la quincena han sido insignificantes, y de todos modos justo era que cedieran la primacía á la conmemoración del glorioso acontecimiento que toda España recuerda en estos días con jubiloso orgullo.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Vista de Chanelaz, en Suiza.—(Pág. 225).

Chanelaz es un establecimiento de baños junto á Neufchatel, capital del cantón del mismo nombre, á orillas de este lago, uno de los más pintorescos de Suiza. El lago de Neufchatel baña los cantones de Vaud al O., Friburgo al E. y Berna al N. O. Tiene de longitud 40 kilómetros de N. á S., y 16 en su mayor anchura. Es abundante en pesca, y sus márgenes muy frondosas y amenas.

Chanelaz ocupa uno de los sitios más bellos de Suiza, y la mano del hombre ha contribuido á realzar sus grandes atractivos. Las numerosas familias de toda Europa que acuden á disfrutar de sus aires y de sus aguas, reparten el tiempo entre ascensiones á las vecinas montañas y excursiones por el lago.

Desde las montañas se divisan extensas comarcas de los Alpes, abundantísimas en valles pintorescos, y sobre todo, las cimas de Pilato y Rosa, como los cubos ó torreones de una muralla de gigantes. En cuanto á las excursiones por el lago, son continuas de día y de noche, amenizándolas con músicas y bengalas, que convierten aquel sitio en un edén de los cuentos orientales. Por último, la virtud de las aguas es eficazísima; pues están saturadas de sales de hierro y son muy abundantes. Nuestros lectores pueden contemplar la entrada en esta famosa estación balnearia, que es la que representa el grabado. En el fondo se ven los hoteles suizos, de forma tan sencilla y agradable, y de los cuales está poblado el valle, para albergar cómodamente á miles de personas.

Josué para el sol en su carrera.—(Pág. 228).

Después de la toma de Jericó viéronse los hebreos acometidos por Adonisedec, rey de Jerusalén, que, acompañado de otros cuatro reyes, quiso hacer frente á los invasores de sus tierras. Trabóse la batalla, y temiendo el caudillo de Israel que se le echara encima la noche antes de lograr los frutos de su victoria, oró con religiosa confianza ordenar á la Naturaleza que suspendiera sus constantes leyes; y el sol se paró en mitad de su carrera, concediéndole doce horas más de tiempo para seguir el alcance.

Tal es el asunto de este cuadro del Sr. Amat, que recuerda el poder de Dios y lo que deben esperar de su providencia los que se ponen bajo su amparo. En todas nuestras empresas debemos poner la confianza en Dios: Él sabe y puede proteger á los suyos con imprevistos auxilios.

Retrato del P. Diego Luis de Sanvitores.—(Pág. 229).

El V. P. Diego Luis de Sanvitores, Apóstol de las islas Marianas, nació en la ciudad de Burgos el 12 de Noviembre de 1627. A los trece años y medio ingresó en la Compañía de Jesús, y terminado su noviciado, á satisfacción de sus superiores, pasó primero á Huete y luego á Alcalá á estudiar filosofía y teología. En 1650 fué ordenado de Presbítero; por sus claros talentos fué destinado á la enseñanza, que ejerció en Oropesa, Madrid y Alcalá; pero otros muy distintos eran los designios de la Providencia sobre el joven jesuíta. Manifiesta en él de un modo decidido la vocación por las misiones, salió de Cádiz para Nueva-España el 14 de Mayo de 1660, llegando á Méjico el 28 de Junio. A partir de este momento, su vida fué un constante apostolado y un continuado martirio. Trasladado á las islas Filipinas, sus tareas apostólicas en el apartado Archipiélago oceánico ocupan muchas páginas en la vida que del insigne misionero escribió el P. Francisco García, de la que sacamos estos ligeros apuntes. Impulsado por su vocación irresistible, y en alas de su ardiente caridad, quiso ir á país todavía más desamparado é inhospitalario para ejercer su apostólico ministerio, y, en efecto, logró ser enviado á las islas de los Ladrones, que recibieron de él el nombre de Marianas, en honor de la Santísima Virgen María.

Desde el año 1668, en que arribó á las Marianas, hasta el 2 de Abril de 1672, en que sufrió el martirio, la vida del P. Sanvitores fué una serie no interrumpida de acontecimientos extraordinarios.

Licurgo consultando el Oráculo.—(Pág. 232).

Sabida es la historia del legislador espartano, y no hemos ahora de recordarla. El hermoso grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores nos lo representa consultando el Oráculo, acaso cuando se preparaba á dotar á su patria de aquella rígida y austérrima Constitución que hizo de Lacedemonia el pueblo más viril de la antigua Grecia.

La Asunción de Nuestra Señora.—(Pág. 233).

La religión es el manantial más fecundo de inspiración para las Bellas Artes, y al sentimiento religioso se han debido las obras más hermosas del ingenio humano; sobre todo, la pintura, de tal modo buscó su inspiración en las grandezas de la verdad revelada, que bien puede llamársela el arte cristiano por excelencia; más que cristiano, católico; pues sabido es que las sectas disidentes no han otorgado á ninguna de las manifestaciones artísticas el amor

con que la Iglesia católica las acogió á todas, prescindiendo de su maternal regazo. El hermoso cuadro, con cuya reproducción se embellecen hoy nuestras páginas, es una prueba, entre tantas como pudieran aducirse, de la verdad de aquellas afirmaciones.

Vista de Colonia.—(Pág. 237).

Ofrecemos en este número á nuestros lectores una vista de la histórica y monumental ciudad de Colonia. Ciudad municipal y capital de la segunda Germania en tiempos del emperador Claudio, fué conquistada el año 449 por Meroveo, rey de los Francos. Poco tiempo después fué arruinada por Atila; pero reconstruída luego por los romanos, les fué arrebatada por Chilperico. Capital del reino de Colonia, subsistió hasta la época en que Clovis se apoderó de su territorio y lo agregó á Francia. En ella establecieron su corte los reyes de la primera raza, como el mismo Carlomagno, que la prefirió muchas veces á Agnisgram; bajo el reinado de Othon el Grande, en 957 fué declarada ciudad libre é imperial. En 1187 el Arzobispo Felipe de Heinsberg la rodeó de murallas; en 1260 tomó puesto entre las ciudades de la Liga anseática; en el siglo XIV sus Arzobispos tomaron el título de Electores; y por último, bajo la dominación francesa, fué capital de uno de los distritos del departamento del Roer. Hoy pertenece al reino de Prusia, y es capital de la regencia de su nombre.

El número de habitantes de Colonia, que se aproxima á 150.000, coloca á esta ciudad en la primera categoría entre las ciudades alemanas de las orillas del Rhin. Si Colonia estuviera edificada como Dusseldorf, por ejemplo, y poblada en la misma proporción, podría compararse con las más hermosas ciudades del imperio; pero no sucede así. Una tercera parte de su recinto está ocupada por jardines, viñedos, paseos y grandes plazas; sus calles son estrechas y sombrías; sus casas, de estilo gótico, construídas unas de ladrillos, otras de madera y el menor número de piedra, le comunican un aspecto triste y desagradable que perjudica á la impresión que deberían producir sus bellos edificios. Entre estos descuella la célebre Catedral, el más hermoso monumento gótico del mundo, á cuya construcción van unidas tantas poéticas leyendas. Comenzada en el siglo XIII, ha sido terminada por completo el 14 de Agosto de 1880; su longitud es de 135 metros; 100 columnas sostienen sus naves portentosas, y el coro, cuya elegancia y atrevimiento causan verdadero asombro, tiene 60 metros de alto. En la capilla que existe detrás del altar mayor se conserva una antiquísima urna de oro que contiene reliquias de muchos Santos; allí se ven también los sepulcros de algunos Electores de la casa de Baviera y el sitio donde fueron depositadas las entrañas de María de Médicis.

Son igualmente dignos de la visita del viajero la Casa Consistorial, cuya hermosa portada ostenta admirables bajo-relieves y una doble hilera de columnas de mármol; la Escuela Central, antiguo colegio de los jesuitas; el mercado, en donde existe un salón inmenso en el que caben cómodamente 4.000 personas, y que se alquila para fiestas, bailes y las grandes reuniones de invierno; el arsenal, que contenía una magnífica armería; la iglesia de San Gerónimo, edificada en 1066, y notable por su cúpula moderna; la de los Minoritas, cuya fachada es magnífica, y que guarda el sepulcro del célebre Duno Scotto, muerto en 1308; la de la Asunción ó de los Jesuitas, que ofrece una extraña mezcla de arquitectura gótica y moderna; la de los Apóstoles, monumento hermosísimo del siglo XI; la de Nuestra Señora del Capitolio, la más antigua de la ciudad, pues fué construída por Ploctrude, esposa de Pipino y nieta de Carlos Martel, y que guarda la estatua y el sepulcro de esta virtuosísima princesa; la de San Pedro, en la que fué bautizado Rubens, y que ofrece á las miradas del que la visita el célebre cuadro de este insigne pintor que representa el martirio del príncipe de los Apóstoles; cuadro que en 1794, y á consecuencia de la victoria de los ejércitos franceses, pasó al Museo del Louvre, volviendo, veinte años después, á su primitivo destino. Estas iglesias y las demás de la ciudad guardan antiquísi-



IOSUÉ PARA EL SOL EN SU CARRERA

mas y venerandas reliquias, tales como los esqueletos de algunos de los Apóstoles, el cayado de San Pedro, la magnífica urna de San Eugelberto, y el sarcófago de los tres Reyes Magos, que se distinguen por la belleza de sus esculturas y la magnificencia de sus adornos.

Colonia posee varios establecimientos científicos; un buen Colegio con una biblioteca de 60.000 volúmenes; otra segunda biblioteca, menos considerable; un gabinete de física; un jardín botánico; colecciones magníficas de mineralogía; gabinete anatómico; Museo de pinturas y Conservatorio de Artes y Oficios. Contiene además veinte hospitales, casas de huérfanos y de Maternidad, Escuela de parteras y Manicomio. Nada diremos de su teatro, ni de sus plazas públicas y paseos, vastos y bien cuidados; pero sí añadiremos que se halla rodeada de poderosas fortificaciones, situadas á cinco kilómetros de la ciudad, y que comprenden doce fuertes de varias dimensiones, ocho alrededor de Colonia y cuatro alrededor de Deutz, unidos entre sí por baterías intermedias, constituyendo un formidable campo atrincherado.

Las principales ramas de la industria explotadas en Colonia son la fabricación de telas de seda y algodón, géneros de punto, fábricas de tabaco, sombrerería y fabricación de albayalde, cola, loza, bordados y encajes; el tejido de paños, tan importante un tiempo, ha quedado en la actualidad reducido á algunos telares. Pero sobre todo, Colonia debe su reputación industrial á la célebre agua de su nombre, inventada en 1670 por Juan María Farina, y de la cual se cuentan hoy en la ciudad más de cuarenta fábricas, que expenden al año dos millones de botellas. También contribuye á su riqueza su puerto sobre el Rhin, que la convierte en depósito de un comercio considerable con Alemania y los Países Bajos, y la gran línea férrea de Aquizgram-Bruselas-París, que se cruza allí con la de Dusseldorf-Berlín-

Boram, poniendo así á la ciudad en relación con los grandes centros comerciales de Europa.

Colonia se enorgullece de haber sido la patria de muchos grandes hombres, entre otros, de Rubens, de Cornelio Agrippa y de San Bruno, fundador de los Cartujos.

ANTONIO DE OLMEDO.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Agosto.)

16. Martes.—Santos Diómenes, Tito, Ambrosio y Centurión, mártires; Eleuterio, obispo y confesor; Roque, Jacinto y Arsacio, confesores.

17. Miércoles.—Santos Pablo, Liberato, Estratón, Felipe y Eutiquiano, mártires, y Santa Juliana mártir.

18. Jueves.—Santos Agapito, Lauro y León, mártires; Fermín, obispo y confesor, y Crispo, presbítero.—Santas Clara Falconeri, virgen, y Elena, emperatriz.

19. Viernes.—Santos Julio, Magín, Andrés, Timoteo y Agapio, mártires; Luis y Magno, obispos; Mariano y Rufino, confesores.

20. Sábado.—Santos Leovigildo, Cristóbal, Luis y Severo, mártires; Porfirio, obispo; Máximo, confesor, y Bernardo, abad, doctor y fundador.—*Indulgencia plenaria en las iglesias del Cister.*

21. † Domingo.—*XI después de Pentecostés.*—*San Joaquín, padre de la Bienaventurada Virgen María.*—Santas Ciriaca, viuda y mártir; Basa, mártir; Juana Francisca Fremiot de Chantal, viuda y fundadora. y 12 compañeros mártires; Sidonio, Apolinar, Zaqueo, Teonás, Víctor y Flaviano, obispos; Felipe Benicio, confesor, y Leovigildo.—Santa Fructuosa, mártir.

22. Lunes.—Santos Hipólito, obispo y mártir; Sinforiano, Fabriciano, Filiberto, Timoteo, Antonio y Mauro, mártires.

23. Martes.—Santos Restituto, Donato, Valeriano.

24. Miércoles.—Santos Bartolomé, apóstol; Tolomeo y Román, obispos y mártires; Andoeno, obispo, y Patricio, abad.

25. Jueves.—Santos Ginés de Arlés, Julián y Magín, mártires; Gregorio, Geroncio y Menas, obispos, y Luis, rey de Francia, confesor.

26. Viernes.—Santos Ceferino, Papa y mártir; Ireneo, Abundio, Segundo, Simplicio, Constancio, Victoriano, Adrián y Víctor, mártires; Rufino, obispo y confesor; y San Félix, presbítero y confesor.

27. Sábado.—Santos Marceliano y sus hijos Juan, Serapión y Pedro, mártires; Cesáreo, Rufino, Narno, Siagro, Juan y Licerio, obispos; José de Calasanz, confesor y fundador, y Pemón, anacoreta, y la Transverberación del corazón de Santa Teresa de Jesús.

28. † Domingo.—*XII después de Pentecostés.*—Santos Julián, Hermes y Pelayo, mártires; Agustín, obispo, doctor y fundador; Alejandro y Viviano, obispos.—*Bendición papal en San Agustín.*

29. Lunes.—La degollación de San Juan Bautista. Santos Ipacio, Andrés, Niceas y Pablo, mártires; Adolfo, confesor, y Sebbo, rey.

30. Martes.—Santos Félix y Adaneto, mártires; Fantimo, Fiacro y Pedro, confesores; Bononio, abad, y Pamaquio, presbítero.

31. Miércoles.—Santos Robustiano, Vicente, Domingo del Valle, Casidio y compañeros mártires; Optato, Aidano y Amato, obispos, y San Ramón Nonnato, confesor.—*Absolución general en la Merced.*

8 de Agosto de 1492

DIGASE ó escriban lo que quieran sabios, eruditos y envidiosos, es indudable que el descubrimiento de América por Cristóbal Colón es el mayor de los sucesos que en el orden humano se ha verificado en el mundo desde la creación hasta nuestros días. Para buscar semejantes ó superiores á tal acontecimiento, hay que salir de dicho orden humano de la historia y entrar en el divino; esto es, elevar la contemplación á aquellos episodios históricos en que Dios ha querido intervenir de un modo directo y visible, como verbigracia intervino en el Monte Siná dando á Moisés el eterno Código de la ley natural, ó por medio de la encarnación, vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, dándonos en la ley de gracia el necesario complemento de lo natural. Pero fuera de éstos, ¿qué episodio hay en la historia universal comparable por la grandeza de sus resultados á la empresa de Colón? ¿Qué conquista, qué viaje, ni qué epopeya escrita por hombres iguala á la conquista y al viaje de Colón, ni á la epopeya que él no escribió, sino que desarrolló por sí mismo, tomando el papel de protagonista?

Pero se dirá: ese es el resultado, el éxito, y no queremos ser cortesanos de la fortuna. ¡Oh, eternos defensores y admiradores de los abortos!... Siquiera en estas alturas en que brilla la gloria de Colón, plegad vuestras extrañas teorías, inspiradas en un romanticismo enervante, que no es ni natural, ni cristiano, y reconoced que eso que con tanto desprecio llamais éxito, es en cierto modo la consagración divina de las empresas humanas. El hombre no triunfa, no puede triunfar, sin la protección de Dios. Luego el que consigue magnífica victoria, debe reconocer que Dios le ha favorecido, ayudado, como llevado de la mano, á lograrla. Pero esto, ¿quita ni mérito ni grandeza á las empresas de los hombres? Tanto valdría decir que Dios al intervenir en un suceso lo empequeñece.

Y es imposible no ver la mano de Dios en el acontecimiento que hoy conmemoramos. Ya por revelación directa, ya (como es más probable) moviendo con su sabiduría infinita las causas segundas que forman el orden natural de las cosas, Dios fué el que quiso que la especie humana, tras largos siglos de separación, volviera á unirse; que el hombre fuera dueño de todo el planeta, y que Colón fuera el autor de revolución tan trascendental. Y como quiera que la intervención divina no excluye la inmediata del hombre, hay que añadir que Colón no fué sordo ni insensible al llamamiento de la gracia, sino que, por el contrario, se hizo digno de él por su constancia, por su audacia, por su valor, por la inteligencia con que supo remover los obstáculos, por la paciencia que demostró ante las adversidades, por el desinterés relativo con que desdeñó todo bien presente, sacrificándolo al bien que aguardaba de su empresa, por la suma de virtudes, en una palabra, que tuvo que desarrollar para conseguir su fortuna.

¡Cuántas veces recorriendo las playas meridionales de la Península hemos meditado sobre el terror supersticioso que la soledad de aquel Oceano insondable inspiraba á nuestros antepasados! León de Romisthal, que viajó en 1467 por el reino de Portugal, dice que más allá de Finisterre «no hay más que agua y piélago, cuyos términos nadie conoció, sino Dios.» Para nuestros antepasados el Oceano era lo que para nosotros el espacio: lo desconocido, lo indefinido, lo imposible. ¿Qué había más allá de la enorme masa de agua? La fantasía era la única capaz de contestar á la pregunta. Unos fingían maravillosos países al remate del desierto de las aguas; hubo quien puso allí el paraíso, el purgatorio y el infierno. Pero el que hubiera afirmado que allí existían hombres semejantes á los pobladores del mundo conocido, constituidos en imperios y repúblicas parecidas en todo y por todo á las sociedades políticas de Asia y Europa, hubiera pasado por tan temerario como el que hoy afirma que hay todo eso en Marte ó en Júpiter.



VERDADERO RETRATO DE EL V. P. DIEGO LVIS

G.º Formada sculp.

DE SANVITORES.

Mat. m. 1682.

Colón rasgó el velo de esos misterios, impenetrables durante tantos siglos.

¡Qué escena la de la madrugada del 3 de Agosto de 1492 en el puerto de Palos! La imaginación gusta de representarse los pormenores de aquel suceso: la multitud que llenaba el pequeño muelle, las dos carabelas *Pinta* y *Niña* y la nao *Santa María*, meciéndose dulcemente sobre el cristal de las aguas, el día que va entrando poco á poco por las ventanas de aquel anchísimo horizonte, é iluminando el grupo de 120 personas que van á embarcarse hacia rumbos desconocidos! Todos confesaron y comulgaron antes de ocupar sus puestos en las naves, confesándose y dándoles la Comunión los frailes franciscanos, bien ajenos, sin duda, de sospechar que con aquel acto inauguraban una conquista espiritual sólo digna de compararse á la de los Apóstoles de Jesucristo, y tan gloriosa por lo menos como la conquista material que inauguraban Colón y sus atrevidos compañeros.

Eran éstos, según ya hemos indicado, 120, contándose entre ellos 90 marineros, un médico, un cirujano, un escribano y algunos criados. En la *Santa María* tremolóse el pabellón almirante, yendo la nao, por lo tanto, á las inmediatas órdenes de Colón. Alonso Pinzón era el comandante de la *Pinta*, y su hermano Francisco mandaba la *Niña*. Los víveres almacenados bastaban, según cálculos, para doce meses.

Constan en esta prodigiosa historia los temores que embargaban á los tripulantes de la escuadrilla de Colón. Cualquiera puede representarse hasta qué punto esos temores tomarían cuerpo en el solemne momento de la despedida, por parte, sobre todo, de las familias de los marineros. ¡Cuántos episodios desgarradores! ¡Cuántas invocaciones á Dios y á sus Santos! ¡Cuántas fervorosas plegarias!

Aún no se había el sol enseñoreado del firmamento, y ya las velas, movidas por la brisa, habían puesto en marcha la escuadrilla. Desde las cubiertas de las naves saludaban los marineros á los que quedaban en tierra, y éstos les devolvían el saludo con gritos y con lágrimas. Mientras tanto el almirante, en aquel momento supremo de su vida, miraría fija, tenazmente, hacia el ocaso, hacia aquel punto en que él, y sólo él, había vislumbrado un mundo, y es probable que por su mente desfilase, terrible, amenazadora, la pregunta en que se envuelve siempre lo porvenir para el hombre: ¿Será cierto? ¿Me equivocaré?

A. SALCEDO.



MAGDALENA

(RELACIÓN)

(Órta póstuma de Fernán-Caballero)

El autor de esta narración no pretende alabanza ni vituperio. La publica tal como ha llegado á su noticia, y la ha escrito de memoria. No ha querido hacerle amplificación alguna, ni revestirla de ningún ornato, á fin de conservar toda su sencillez.

WALTER SCOTT — *La aloba tapizada.*

Haber nacido de gentes honradas, esto es, de una familia sin mancha, es una ventaja para el pueblo escocés, como para los nobles el descender de una antigua casa. La estimación y el respeto tributados á una familia de aldeanos son considerados por propios y extraños, no sólo como un justo motivo de orgullo, sino también como una garantía de la buena conducta de todos los demás miembros de la familia. Por el contrario, una mancha como la que acababa de caer sobre uno de los hijos de Deans, se extendía á todos sus parientes.

WALTER SCOTT, — *La Prisión de Edimburgo.*

I.

Entre los barrios que componen la hermosa, interesante y antigua ciudad de Sevilla, y que toman el nombre de sus respectivas parroquias, hay uno silencioso y solitario, que se extiende desde la puerta de San Juan hasta la de la Barqueta, y se llama de San Lorenzo. La mayor parte de sus calles son anchas y sosegadas; la yerba nace entre el empedrado; sus casas son bajas y humildes; su lujo es el aseo; su adorno, flores asomadas á las rejas como niños curiosos. Casi todas están habitadas por honrados tejedores de seda. Se encuentra en este barrio algo de la paz de los campos; jamás pisan su interior los forasteros, y hasta es muy contada la gente principal de la ciudad que por él transita, más allá de la iglesia parroquial en que existe la admirable y venerada imagen, obra del célebre escultor Martínez Montañés, que representa á Nuestro Señor bajo la advocación del *Gran Poder*.

En una de sus casas vivía Pedro Almeda, hombre excelente, adherido á su propiedad como á un antiguo muro un bajo-relieve. Pedro respetó y amó siempre su viejo telar, heredado de padres á hijos, productor de hermosos damascos y soberbios tisúes, y que ahora suspiraba al ver su dignidad comprometida, teniendo que limitarse á producir sencillos y ligeros tafetanes de mil colores. ¡Pobre viejo! ¡Te fué preciso doblegarte al espíritu del siglo! ¡Otros tan buenos como tú lo han hecho... y lo hacen!

Casóse Pedro con una hermosa joven, hija de un vecino suyo; pero enviólo no muchos años después, quedándole de su matrimonio dos hijos, un varón y una hembra. Los niños, aún pequeños, sintieron naturalmente poco la muerte de su madre. Pedro tuvo una verdadera afición; pero el tiempo le consoló, mientras que cada día hacía más sensible y acerba á sus hijos la pérdida de su buena madre. Pedro vendía sus géneros á un rico mercader, en cuya casa siempre se encontraba con una criada solterona que empezaba á desconfiar del poder de sus gracias, ya en decadencia, al paso que no pretendía de ningún modo el honor de llevar palma á la sepultura. El sencillo tejedor se dejó coger en sus redes, tan perfectamente tejidas como las de una traidora araña, y los pobres niños tuvieron una madrastra que, acostumbrada á chismes de criados y á la insolente imitación del lujo de sus señoras, embaucó al padre é hizo mártires á los hijos; de modo que el infeliz Pedro murió víctima de la miseria y de un tardío arrepentimiento. El telar, su antiguo amigo, aquel benéfico sosten suyo y de sus mayores, fué vendido para pagar el entierro de su dueño.

Poco tardó en seguir á éste á la otra vida su segunda mujer; y una hermana suya, no mala en el fondo, pero de cortísimos alcances, vino á sustituirla al lado de los huérfanos.

Fernando, llegado entre tanto á la edad viril, era el báculo de su familia. El y su hermana Magdalena se querían con una ternura que el dolor de haber perdido á su padre aumentó más y más. Habían vivido, crecido y padecido juntos. No habían conocido otro cariño sino el que se tenían recíprocamente, pues su madrastra se había apoderado exclusivamente del de su padre. ¡Cuántas lágrimas no había derramado el uno en el seno del otro!

¡Cuántas promesas no se habían hecho de no separarse nunca! Magdalena se estrechaba á su hermano en su fragil juventud, como el blando y dulce jazmín se enlazaba en el patio de su humilde casa al naranjo que le ofrecía sus ramas. La última voluntad de su padre, que dejó á Fernando por gufa y custodia de su hermana, había impreso á su cariño un sello exaltado y solemne. Estimulado por éste, el altivo y noble joven se entregó con ahinco á los duros trabajos del oficio de albañil, á que no estaba acostumbrado; y cuando, sofocado por el ardiente polvo de la cal, fatigado por penosos esfuerzos, desatentado en los altos andamios, se sentía desfallecer, se decía: «Es por Magdalena», y sus fuerzas y su valor se reanimaban.

Así pasaba su existencia aquella familia; y, sin embargo, Magdalena cantaba y cultivaba flores, pues el canto y las flores son en Andalucía el entretenimiento de la juventud, la emanación del aire purísimo que allí se respira, los naturales frutos de aquel sol esplendoroso. Estando un día cosiendo en su ventana, rodeada de claveles, como una pastora de sus ovejas, vió pasar dos hombres. El uno era alto, hermoso y rubio, é iba esmeradamente vestido; á su lado caminaba otro, que parecía ser su *cicerone*.

—Mira—exclamó el primero;—no me dectas que en este barrio aislado, en estas calles solitarias, nada hallaría de notable? Pues, sin embargo, nada he visto entre las maravillas de Sevilla que se pueda comparar á ese tipo de la verdadera belleza española, á la cara de esa joven que aparece en aquel marco de flores. Llévame á su casa.

—¡Oh, milord!—respondió el *cicerone*—no es eso tan fácil como V. S. piensa. Las gentes que habitan este barrio son honrados y ásperos tejedores, que así dan entrada á un extraño en sus casas, como San Pedro á los judíos en el cielo. Además, nada encuentro yo de particular en esa cara. ¡Ah, señor, señor! esas rosas silvestres están llenas de espinas. Créame V. S., señor; busque otro entretenimiento, porque Fernando VII con ictericia (x) tiene poco poder entre estas gentes, orgullosas con su probidad como un duque con su nobleza.

—No obstante—replicó el inglés—no te romperán las costillas por llegar á hablarla. Anda, que si te dan de palos, yo te indemnizaré.

El *cicerone* se acercó, aunque con repugnancia, á la casa; pero en el momento cerró Magdalena la ventana. La candorosa niña había creído que las miradas del extranjero se fijaban en sus flores, lo cual le parecía muy natural; cuando comprendió ser ella su objeto, se retiró abochornada.

II

El inglés se alejó de mal humor, pero la imagen de la hermosa sevillana no se borró de su memoria.

Hallóle el día siguiente paseando la calle solitaria en que la había visto; pero ni aquel día ni los que le siguieron vió en la reja sino las flores que, mecidas en sus tallos por una suave brisa, parecían decirle que no. El lord G., que poseía millones para satisfacer sus caprichos, no podía comprender que su despótica voluntad se estrellase en el umbral de la humilde casa de una pobre.

—Tadeo,—dijo un día á su condescendiente *cicerone*, al desembocar con él frente á la casa en que vivía Magdalena—me vas á introducir hoy mismo en esa casa, ó si no te despido.

—¡Señor!—dijo Tadeo asustado;—¿cómo quiere V. S. que lo haga?...

—¡Eso es cuenta tuya!

Después de algunos instantes de ansiosa reflexión, dióse Tadeo un golpe en la frente, dejóse de pronto caer en el suelo, y empezó á gritar y lamentarse de tal manera, que todos los vecinos salieron de sus casas, y le rodearon, mientras gritaba sin tomar aliento:

—¡Ay mi pierna, mi pobre pierna! ¡Ah, señor, yo no puedo pasar de aquí; que me entren, por caridad, en la casa más próxima!

El inglés permaneció inmóvil, no pudiendo hacer otra cosa en aquella escena ridículamente criminal,

(x) Modo de llamar el pueblo á las onzas de oro con el, busto del Rey.

que desde luego comprendió, sino conservar su gravedad.

—¡Y qué! ¿No puede usted andar?—preguntó á Tadeo un joven alto y bien parecido que le ayudaba á levantarse.

—¡Oh, imposible, imposible!—respondió Tadeo;—ayúdeme usted á arrastrarme á esa primera casa. —A mi casa, á mi casa;—decían unas buenas y caritativas mujeres.

—A ésta, á ésta, que es la más cercana;—dijo Tadeo arrastrándose hacia la de Magdalena.

El inglés le siguió.

Magdalena y Micaela, la hermana de su madrastra, á quien aquella y Fernando llamaban su tia, salían en aquel momento presurosas á recibir al herido, con todas las muestras del más vivo interés y de la más sincera compasión. La anciana le trajo una silla.

—No puede usted andar—le dijo;—está usted pálido como un difunto.

—Blas—añadió dirigiéndose al joven que había ayudado á Tadeo á levantarse,—anda en busca de un cirujano.

Temeroso al oír esto Tadeo, de que acudiendo en efecto un facultativo se descubriese su superchería, y calculando por otra parte que ya estaba conseguido su objeto, cambió de táctica, y se apresuró á decir:

—Ya me siento mejor; á Dios gracias va pasando el dolor, y sin duda ha sido sólo un esguince. No es necesario que nadie se incomode en ir á buscar un médico.

—Es usted sufrido y valiente como un mártir—repuso Micaela;—pero se conoce que está usted padeciendo mucho. ¡Vean ustedes cómo tiembla el infeliz! Blas, ¿has vuelto?

—Señor—exclamó Tadeo apurado,—¿no es verdad que ya estoy bien?

Mas aquel á quien apelaba en su apuro no le oía. Apoyado en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho, estaba absorto contemplando á Magdalena.

En el rostro encantador de aquella joven se unían la inocencia y la viveza, como en una joya las perlas y los brillantes. Sus miradas revelaban un tesoro de compasión y de bondad, mal empleado por cierto en aquel hombre, que tan indignamente la estaba engañando. Con un vaso de agua y vinagre en la mano, hizo lo tomar á Tadeo, y éste, así que lo hubo bebido, fingió grandes esfuerzos para conseguir levantarse; logrólo al fin, aseguró que con la ayuda de un palo podía andar, dió gracias á aquellas buenas mujeres, y se alejó cojeando, seguido de su señor, que, durante toda esta escena, no había desplegado los labios.

III

El día siguiente aparecieron el lord inglés y Tadeo en casa de Magdalena.

—Mi amo—dijo al entrar el segundo sirviendo de intérprete—estaba ayer sobradamente asustado y conmovido para poder expresar á ustedes su agradecimiento por los servicios que le han hecho en la persona de su humilde criado. Venimos, pues, hoy á cumplir las obligaciones que impone la gratitud. Mi amo es rico, riquísimo, nadie le hace un favor ó le presta un servicio sin sentir los efectos de su generosidad. Le afligirían y ofenderían ustedes si rehusasen admitir esta pequeña muestra de su agradecimiento.

Diciendo esto, les presentaba hermosos regalos, entre los cuales sobresalía una preciosa peineta de carey, adorno favorito de las españolas de todas las clases sociales en aquella época.

Micaela estaba absorta; Magdalena, ruborizada de sorpresa y alegría, con rápido movimiento cogió la peineta; pero un instante después la soltó, retirando la mano como si se hubiera quemado.

—Pero—dijo—¿gratitud? ¿y de qué? ¿Cómo la hemos merecido? ¿Por un vaso de agua y vinagre?.. No, no podemos tomar estos ricos regalos.

—Tienes razón—dijo Magdalena,—no los hemos merecido.

—Pero en fin,—repuso Tadeo,—como este caballero es tan generoso y el rehusar le podría parecer una ofensa, sería injusto herir á una persona que no desea sino agradar á ustedes.

La visita se prolongó. La vieja se deshacía en elogios al lord; Magdalena, avergonzada, no se atrevía á tocar los hermosos regalos, pero sus ojos se fijaban involuntariamente en la peineta, y su sencillo corazón latía bajo su modesto, pero limpiísimo jubón.

Excusado es decir que durante todo este diálogo el inglés no apartó ni un instante la vista de Magdalena, y que sus ojos procuraron harto dar á entender á la preciosa andaluza lo que sus labios no podían expresarle.

Comprendiendo al fin que la prolongación de su visita no tenía ya explicación plausible, levantóse y se despidió, con ademanes los más afectuosos, alejándose seguido de su *cicerone*, pero quedando más y más prendado de la humilde artesana.

IV.

Apenas se hubieron ido, levantóse Magdalena precipitadamente de su silla y se apoderó de la peineta, corrió á su espejo, y rodeándose á la cabeza su soberbia trenza, negra como el ébano, la sujetó con ella, saltando y riendo de gozo.

—Mire V. tía,—exclamaba,—es una peineta digna de una marquesa.

Entretenida en su inocente contemplación pasaron algunos minutos sin que viese á su hermano, que apareciendo en la puerta se había detenido en el umbral al oír lo que decía, y tenía fijos en ella sus ojos con dolorosa sorpresa.

—¿Cómo está esa peineta en tu poder?—le dijo después de un momento de silencio.

Contóle entonces Magdalena lo ocurrido; pero apenas concluyó, cuando, arrancándola su hermano la peineta de los cabellos, la tiró al suelo, y pisoteándola la hizo mil pedazos. Quedó Magdalena petrificada de sorpresa y temor.

—¿A qué viene esa violencia, insensato?—exclamó Micaela encolerizada.—Una prueba de gratitud por un servicio que se ha prestado...

—¡Servicio!—dijo Fernando,—¡un vaso de agua y vinagre!... ¡y admitir esto de un desconocido! ¡Dios mío! ¿qué es esto? Créeme Magdalena, (prosiguió dirigiéndose á su hermana, que lloraba á lágrima viva), esa peineta te afeaba, y mira que te lo advierto: si ese extranjero ó su criado se atreven á volver á pasar por el umbral de mi puerta, tú y él os arrepentireis.

V

Junto á la puerta de Jerez se hallaba entonces la Posada Nueva de las Diligencias. En una de sus mejores habitaciones, echado sobre una silla, con todas las muestras de una viva impaciencia, lord G. golpeaba el suelo con sus relucientes botas.

—Pero ¿qué razón da ese orgulloso menestral para prohibirnos la entrada en su casa?—preguntó á Tadeo, que hacía un cuarto de hora estaba en pie delante de él presentándole un vaso de *Shrob*.

—Señor—contestó el interrogado,—aquí son más precavidos y maliciosos que en el país de V. S. ¿Piensa V. S. que no sospecha el motivo de sus regalos? Señor, permita V. S. que humildemente le dé un consejo, y es que desista de una empresa que es más difícil y arriesgada de lo que parece, y busque amores menos peligrosos en la sociedad que trata.

—Tontería,—dijo el lord, y prosiguió como hablándose á sí mismo:—La condesa R., á pesar de su escasa estatura, me mira de alto á bajo porque mis abuelos no mataron moros. La señorita N. se ríe en mis barbas porque pronuncio mal el español. La señorita M. rehúsa valsar conmigo, y en seguida lo hace con un cadetillo, á quien ya hubiera yo desafiado si tuviese pelo de barba. La señorita P., á quien me declaré noches pasadas, me dijo haciendo una mueca: «A ave que va de paso cañazo.» Todas son graciosas y bonitas, pero altivas y burlonas. Además, ¿cuál de ellas se puede comparar á Magdalena?

—Pues, sin embargo, señor, le aconsejo á V. S. que la olvide.

—Y yo te aconsejo á tí que calles,—dijo el lord. Tadeo volvió á su papel de criado mudo, presentando siempre el vaso de *Shrob*.

Después de algunos instantes, el lord dijo á Tadeo:

—Es menester ganar á ese hermano rebelde. Tú dices que están en la miseria; ofrécele oro, todo el oro que quiera.

—¡Oro!—replicó Tadeo.—¡Ah, señor! no conoce vuestra señoría á esas gentes; con su obstinada probidad y sus ideas de honra son incorruptibles los muy zopencos.

—Tadeo,—repuso el lord, en quien las contradicciones llevaban al extremo la pasión;—¡Magdalena ha de ser mál Diez mil duros daría sólo por verla un momento á solas.

Tadeo dió un paso atrás, abrió la boca y los ojos cuanto dieron de sí, el vaso que tenía en el plato cayó, y el *Shrob* se derramó sin que él lo advirtiera.

—Señor,—dijo al fin,—no he oído bien, ó si he oído no lo he comprendido. ¿Cuánto ha dicho vuestra señoría?

—Diez mil duros,—replicó el inglés.

—¡Diez mil duros!—repitió Tadeo;—¡doscientos mil reales!

Y volvió la cabeza á todos lados para asegurarse de si soñaba ó estaba despierto. En seguida cogió su gorra y salió precipitadamente, murmurando:

—¡Diez mil duros! ¡pues ahí es nada! ¡y el corre-taje (es claro) será á proporción!

VI

Tadeo corría por las calles tropezando con los pacíficos transeúntes, los cuales unos lo enviaban al diablo y otros le echaban á empujones al medio del arroyo. Antes de aventurarse á entrar en casa de Magdalena, preguntó en la vecindad dónde estaba Fernando. Le dijeron que trabajaba con su maestro en el reparo de un molino de aceite del pueblo de Camas, á algo más de media legua de Sevilla. Ventale esto á maravilla. Entró en casa de Micaela.

—¿No os he dicho—le manifestó ésta así que lo vió—que me está prohibido abriros la puerta?

—No entraría por ella—contestó Tadeo—aunque me fuese abierta de par en par como lo está la del Perdón, si no fuera porque es menester absolutamente que os hable. Tengo que comunicaros un asunto del mayor interés. Id en seguida á la Alameda Vieja, allí os aguardo.

Micaela le hizo una señal de inteligencia y el mensajero de amor se dió prisa á alejarse.

La Alameda Vieja es un hermoso paseo, situado dentro de la ciudad, que la moda caprichosa ha abandonado. Consiste en cuatro hileras de soberbios álamos negros, y lo adornan tres bellas fuentes de mármol. A la entrada se alzan dos altísimas columnas romanas que sostienen las estatuas de Hércules y de Julio César.

Concurren ya solamente á él algunos ancianos de los alrededores, que van á tomar el fresco por las tardes, sentándose en los bancos de los *aguaduchos*, resplandecientes de aseo, que allí existen, y en que encuentran los parroquianos agua fresquísimas, con anises ó panales; y suelen prestarle animación algunos niños que lo hacen teatro de sus bulliciosos juegos, y en quienes están seguros de encontrar benévolo auditorio los infelices que, á cambio de solazar á sus bienhechores con *trovos*, coplas y recitados populares, entonados con mejor voluntad que fortuna, impetran la caridad pública.

El día á que nos vamos refiriendo, un gran grupo de muchachos rodeaba á un pobre inválido que, acompañándose á la guitarra, recitaba estas canciones de la época de nuestra guerra de la Independencia, en que parecía haber sido desgraciado y valeroso actor:

1.^a

Napoleón, por traidor bien señalado,
Junot, sin su Ducado y escondido;
Del Trinquete Murat desarbolado;
Lefebvre, en Zaragoza, destruido;
Moncey, sobre Valencia derrotado,
Y Dupont, en Bailén roto y rendido:
Así ve Europa, de sorpresa llena,
Los héroes de Austerlitz, Marengo y Jena.

2.^a

Daoiz y Velarde, dando el Dos de Mayo
El grito de española valentía;
Apodaca con Morla, siendo rayo
Que de Cádiz fulmina en la bahía;

Castaños, Palafox, que sin desmayo
Vencen en Aragón y Andalucía:
Héroes que á Napoleón causan espanto
De Dios, de Patria y Rey al nombre santo.

Aquí llegaba el inválido, cuando Tadeo aparecía en la Alameda, tan absorto y preocupado, que ni reparó en aquél, ni en los que embebecidos y pendientes de sus palabras le rodeaban.

Nuestro Mercurio se paseó un corto rato, sumergido en profundas reflexiones, de las cuales le sacó una voz conocida.

—¡Ah! señor Tadeo,—dijo la vieja, que venía llorando,—¡usted ignora hasta dónde llega nuestra desgracia! Acaban de apuntar á Fernando para el sorteo de la quinta. ¡Ah, Dios mío! ¿qué será de nosotras si tiene la suerte de salir soldado?

—Ya yo lo sabía,—dijo el astuto Tadeo contentísimo con esta noticia,—y vengo á evitar esa desgracia. Podrán ustedes poner un hombre en su lugar. ¡Cuán felices son, que van á convertirse en una familia rica y considerada! Mi amo les da diez mil duros.

—¡Diez mil duros!—dijo Micaela;—señor Tadeo, ¿viene usted á burlarse de mí?

—Fácil le será á usted convencerse de la verdad cuando reciba el dinero peso sobre peso. Ustedes á su vez procuren demostrar su agradecimiento. Persuada usted á Magdalena que lo reciba bien cuando vaya mi amo á verla...

—¡Qué infamia, señor Tadeo!—exclamó Micaela.

—¡Qué infamia ni qué niño muerto!—repuso Tadeo;—la verdadera infamia es morir de hambre. Usted es pobre, pobrísima: ¿quiere usted salir de su miseria? ¿sí ó no?

—Pero ¿y Fernando?—dijo la vieja.

—Fernando no lo ha de saber,—respondió Tadeo;—Magdalena será rica, y la podrá usted casar con algún hombre de bien; conmigo, por ejemplo.

—Pero—replicó Micaela—nuestra rápida fortuna causarfa sospechas.

—En todo hemos pensado, señora; yo traeré á usted al mismo tiempo que el dinero un billete de la lotería, y usted dirá que ha ganado el premio grande.

—Pero...

—¡Jesús! qué de dificultades pone usted, sin reflexionar que hay muchas muchachas bonitas en Sevilla, y que mi amo puede hallar en cuanto quiera gentes más racionales que ustedes.

Después de algunos reparos se pusieron de acuerdo, y la vieja prometió venir á verse con Tadeo en el mismo sitio al siguiente día.

Sería menester dar tormento á la imaginación para reproducir las razones, las persuasiones, los sofismas con que la vieja condujo á Magdalena al fin que se había propuesto. Pero sus principales, sus eficaces seducciones fueron la ciega y pura inocencia y el amor á su hermano que atesoraba la preciosa niña.

VII

Protegido por la ausencia de Fernando, y por una noche negra como el crimen, el lord G. entró con gran sigilo y sin obstáculo alguno en aquella casa humildísima, pero que durante siglos había sido el santuario de la honradez y la virtud. Un joven tejedor que vivía enfrente, Blas, el mismo que había ido á buscar al médico el día de la fingida contusión de Tadeo, y que desde entonces había observado recelosamente las idas y venidas de amo y criado, porque amaba perdidamente á Magdalena, si bien la indiferencia que ésta le demostraba le había hecho encerrar su amor en lo más profundo de su corazón, hallabase contemplando desde el fondo de su cuarto la reja de su amada, y la visita nocturna del inglés no pudo escapar á sus penetrantes miradas.

—¡Oh—exclamó con rabia—por esto me desprecia!

Y saliendo precipitadamente de su casa, dirigióse á las viejas murallas morunas de la ciudad, bajas y destruidas desde la puerta de la Barqueta hasta la de San Juan, saltólas, corrió á Camas y encontró á Fernando sumergido en un profundo sueño.

—¿Duermes?—le dijo sacudiéndole por los hom-



LICURGO CONSULTANDO EL ORACULO

bros;—¿duermes como un muerto cuando deberías vigilar á tu hermana?

Instantáneamente despertó Fernando; su sangre, que circulaba tan sosegadamente, empezó á hervir en sus venas y se agolpó toda á su corazón...

—Pero mi tía—dijo—está con ella.

—Un rico inglés es el que está con ella en este momento;—replicó Blas con acerba sonrisa.

—¡Mientes!—gritó Fernando saltando de la cama.

—¡Que mientol—dijo Blas.—¡Ven conmigo y verás si mientol

—Vamos—repuso Fernando;—pero si mientes, prepárate á que te arranque la lengua, que injurió á mi hermana. ¡Lo juro por el alma de mi madre!

Volaron á la ciudad. Paráronse á la puerta de la casa de Fernando como dos negras nubes precursoras de una tempestad. La débil vislumbre del crepúsculo hacía ya los objetos más distintos, cuando oyeron el ruido de un cerrojo que descorrían con precaución. Ocultáronse en la sombra, y entonces se abrió la puerta y vieron salir un hombre de elevada estatura embozado en su capa. Fernando se precipitó hacia él, pero Blas lo detuvo.

—Tienes razón—dijo Fernando;—estoy sin armas, y podría escapárseme.

Y desprendiéndose de su compañero, entróse precipitado en su casa.

Magdalena, en el mayor desorden, estaba tendida en el suelo, el rostro contra la tierra, y cubierta con sus soberbios cabellos negros como con un velo fúnebre. Junto á ella estaba Micaela, que parecía querer contemplarla.

Fernando, al verla, se lanzó á ella, la agarró, la levantó del suelo y la volvió á dejar caer.

—Maldita seas en esta vida y en la otra—dijo con voz trémula de ira;—pero ¡qué veol—añadió reparando en un saco puesto encima de la mesa.—¡Dínerol ¡Jesucristol ¡dínerol! ¿No te lo anuncié cuando rompí la peineta...? ¡mira al cielo! ¡mi madre llora sobre tí, mi padre te maldice!... ¡nos has perdido á ambos! ¡Te lo avisé, Magdalena! ¡Infelices! Ya no me volverás á ver.

Magdalena dió un grito y alzó sus ojos desatentados. Fernando había desaparecido.

VIII

Al día siguiente había gran fiesta en la Posada de las Diligencias. El lord G. daba una comida á una porción de compatriotas suyos, oficiales de la guarnición de Gibraltar recién llegados á Sevilla. A los postres trajeron nuevos vinos y reinó suma franqueza.

Cuando la conversación recayó, como es costumbre entre jóvenes, sobre aventuras amorosas, y se trató del honor de las mujeres con la misma ligereza con que se bebían las copas de Champagne, el lord G. dijo con aire de triunfo:

—Muy caro cuesta acercarse á las bellas de Sevilla. No me ha bajado á mí de dos mil libras;—y refirió su aventura, que excitó grandes risas y chanzas.

Entre tanto nadie había reparado en un hombre del pueblo que se mantenía inmóvil en el umbral de la puerta. Sobre la palidez mate de su semblante, hermoso y varonil, centelleaba con febril ardor el fuego de sus ojos.

—¿Conque es usted, señor Tadeo, el que urdió esta intriga, coronada de éxito tan feliz?—preguntó uno de los jóvenes ingleses al criado de lord G., quien le hizo una humilde reverencia, sonriéndose modestamente.

—¡Valiente milagro!—dijo otro.—Con dos mil libras en la mano, ¿creeis que hay albañil, ni muchacha del pueblo que resista? ¡A la salud de vuestra Magdalena, milord!—Y entrechocando los vasos, brindaron.

—¡En memoria de Magdalena!—dijo una voz fuerte y sorda.

—¡Ah, me han asesinado!—exclamó el lord G., cayendo con el pecho atravesado en brazos de sus amigos.

—Y aquí está vuestro dinero—continuó la misma voz, arrojando un saco sobre la mesa, con tal ímpetu, que platos, botellas y vasos saltaron en mil pedazos.—Decid á vuestros paisanos—añadió—que



LA ASUNCIÓN

el honor de una familia honrada no se compra en España con oro.

—Apoderaos del asesino,—gritaron los ingleses, lanzándose sobre él.

—Amigos—dijo el moribundo—dejadle que huya, facilitadle los medios de hacerlo. Se ha conducido como un hombre de honor. ¡Salvadle, es mi último deseo!

Fueran estas también sus últimas palabras.

IX

—No se pasa—dijo el centinela de la puerta de la cárcel pública, situada entonces en la calle de las Sierpes, á un joven que pretendía entrar.

—Puedo hacerlo—repuso éste;—acabo de matar á un inglés.

El centinela quiso apoderarse de él.

—Déjame—le dijo;—por mi propia voluntad he venido; considera si he de querer escaparme.

X

La noticia de este terrible suceso cundió rápida por Sevilla, y sólo se hablaba de él.

Uno de los más célebres abogados, interesado por Fernando, fué á ofrecérsele, para encargarse de su defensa; pero todas sus gestiones para que le suministrara los medios de hacerlo fueron inútiles.

—He matado, y debo morir—respondía Fernando á todos sus argumentos.—Por otra parte—añadía,—¿quién puede volverme la honra de mi hermana? Sin ella no quiero vivir; las generaciones se han sucedido en mi familia sin que nuestro pobre, pero honrado nombre se haya manchado nunca. Más vale la muerte, que ha de darme la justicia, que no la infamia y el remordimiento.

No fué posible sacarle de estos razonamientos, y el abogado hubo de retirarse sin conseguir su noble objeto, y habiendo podido sólo obtener de sus averiguaciones que Fernando había tenido que empe-

fiar el único objeto de algún valor que poseía, recuerdo de su madre, para adquirir el puñal con que dió muerte al inglés.

A la observación que el abogado le hizo de por qué había recurrido á este medio cuando tenía en su poder un saco de oro, contestóle Fernando entre indignado y sorprendido: «¿Había yo de tocar al precio de mi deshonra? ¿Al dinero del vil seductor?»

XI

Por entre los naranjos cuajados de azahar que oran el río junto á Sevilla, navegaba un buque precioso y ligero como el ensueño de un niño. El sol naciente lo iluminaba como la esperanza los primeros días del amor. Sus blancas velas se henchían de aire puro y embalsamado.

La bandera inglesa, ostentando orgullosa sus vivos colores, ondeaba con gallardía y parecía gozar de aquella brillante atmósfera... Pero aquel buque llevaba un féretro, un féretro de plomo que contenía los restos de lord G. ¡Tal solemos contemplar á una bella y elegante dama que baja la corriente de la vida con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente, mientras que encierra su pecho el peso abrumador de un corazón muerto á impulsos de una pena desgarradora é implacable!

XII

En la plaza de San Francisco estaba erigido, en tanto, el patíbulo. Véase expuesto en él á un hombre, cuyos miembros colgaban con una indefinible expresión de cansancio de la vida.

Su cabeza, poco antes erguida y noblemente altiva, el verdugo la había humillado. Una multitud compasiva y atónita contemplaba el cadáver con horrible anhelo. ¡Singular lección de moral pública!

Cuando el sol, que luce con la misma indiferencia sobre las dichas que sobre las desgracias de los hombres, se sumergió en su ocaso, las personas más ilustres de Sevilla cumplieron su deber de Hermanos de la Caridad bajando el cadáver y enterrándolo. ¡Honor que á los reyes no da su corona, pero que la caridad cristiana tributa á los infelices marcados con el sello de la infamia!

Vino la noche á extender sus fúnebres sombras sobre el sitio de aquella horrible catástrofe. Un hosco silencio reinaba en la plaza, sólo interrumpido por la fuente, que murmuraba como un niño inocente que todavía no ha comprendido el horror ni el padecer, y por la campana del convento de San Francisco, que daba las horas de un modo tan lúgubre y solemne como si cada una estuyese destinada á señalar alguna nueva desgracia.

Dos serenos se encontraron próximos á aquel sitio.

—¿Vas á la plaza?— preguntó el uno.

—Bien quisiera no ir— replicó el otro;— porque me repele el cadalso.

—No vayas— dijo el primero;— allí hay un alma en pena. Estos ojos que ha de comer la tierra la han visto con mortaja blanca; yo mismo la he oído gemir. ¡Sería el alma del infeliz Fernando!

—¡Iría, sin duda,—observó el otro— á la sala de la Audiencia, donde tan inficuamente lo sentenciaron!

—¡Dios tenga misericordia de su alma!

—Amén— exclamaron ambos, y se separaron siguiendo cada uno una calle distinta, y gritando:— ¡Ave María Purísima, las doce y media y nublado!

Cuando vino el día á descubrir los misterios de la noche, vióse tendida al pie del patíbulo, abrazada estrechamente con uno de sus maderos, á una hermosísima joven rígida ya por el helado soplo de la muerte.

¡Era Magdalena, la infeliz Magdalena!

EPILOGO

El tiempo y el olvido, bálsamo á la par y azote del hombre, sepultaron no mucho después estos sucesos, como todos los de la vida humana. Nada quedó de ellos sino esta exclamación, de nuevo repetida, en boca de los ingleses: *¡Los españoles son asesinos!*

A lo cual replicamos nosotros, repitiendo asimismo á nuestra vez una frase hoy muy citada: *¡Así se escribe la historia!*

Nuestro arte religioso

XIII



EN prueba de lo que afirmaba en el artículo anterior respecto de los errores y extravíos en materia de pompas y ornamentaciones extraordinarias durante ciertas festividades, aduzco los siguientes ejemplos de falso relumbrón dentro de la casa de la verdad, y el lector juzgará.

La Congregación de las Cuarenta Horas hace todos los años en esta corte una espléndida novena á Jesús Sacramentado en la Octava de Resurrección, sin omitir gasto alguno para excitar la piedad del inmenso concurso de fieles que admiramos y alabamos, quizá no tanto como se merece, el celo ardiente de esta ilustre Cofradía. Pero los devotos ilustrados necesitan, si han de orar con fruto, apartar la vista del estrambótico aparato con que obstruyen la capilla mayor los congregantes.

Figurémonos bajo un enorme pabellón encarnado oscuro, una especie de monumento que consta del altar postrero, cuyas gradas están forradas de tisú falso, del peor. Sobre ellas, y entre rayos de madera dorada, ó para hablar con propiedad, desdorada, el Arca de la Alianza sostenida por el Angel moffetudo y sin ropa que le cubra (aunque representa más de seis años), por el águila, el toro y el león, y á sus lados en dos pedestales demasiado grandes, chafarrinadas con los tradicionales virriotes que hemos convenido en llamar imitación del mármol, están las estatuas de David y Aarón, si mal no recuerdo, en tamaño mayor que el natural, y de cartón-piedra, lo mismo que el arca y los animales que la sostienen. Sobre todo esto un grandísimo rafagón dorado, en cuyo centro hay una abertura elíptica, tras de la cual se coloca la Custodia rodeada de falsas nubes y adornos de oropel. A la entrada del presbiterio otros dos disformes pilares sostienen las estatuas, también de cartón-piedra en blanco, de la Fé, y creo de la Caridad, y á un lado un angelote de igual estofa sostiene el candelero del cirio Pascual (1).

A la primera ojeada sobre esta balumba heterogénea se ve que el artista que la concibió y ejecutó era hombre de pésimo gusto y nada instruido, porque no consiguió dar á su obra unidad y armonía en la variedad de elementos, forma y colores, pues que cada cosa de aquellas se despega de su adyacente; y si lo miramos por separado, nos resulta malo el dibujo, peor la actitud y detestables las condiciones materiales; pero si la consideramos como parte de un conjunto, aún resulta más su incongruencia, y en total, la obra chavacana, el plan erróneo del constructor.

Como los materiales son falsos, pronto el uso y el tiempo los han puesto en deplorable estado; y así en esta última novena, un reverendísimo é ilustrísimo señor Obispo no ha podido menos de reírse al ver al águila de San Juan sin un ala y sin cabeza, al toro descornado y al león hecho una lástima, las estatuas destrozadas, los pedestales llenos de roturas... y en fin, aquella ensalada anárquica de estatuas en blanco sobre pedestales de color oscuro y bajo un pabellón encarnado con motas negras y rayos de oropel. ¿Cabe mayor disonancia de colorido y de forma?

Pero si el dignísimo Prelado hubiera dado la vuelta y visto aquella decoración por detrás, quizá trocara su risa compasiva por la indignación. Un castillete altísimo de gruesos y vastos maderos atornillados, se eleva cubriendo y estropeando el verdadero altar, la hermosa sillería de cofe que lo circunda y el retablo, pues sobre la sillería se apoya y la llena de cuerdas, de palos y de basura. Su escalera pina, y casi de mano, para ascender y colocar el Sacramento, causa vértigos; y, por último, allí arriba, cubriendo y ensuciando la magnífica efigie del centro, unas cuantas cortinas y una peana feísima sobre palitroques, sirven de estancia al Rey

(1) No nos cansaremos nunca de repetir que la responsabilidad de los juicios que sobre materias libres emiten en nuestras columnas nuestros ilustrados colaboradores, es pura y exclusivamente de los autores de los artículos; de ningún modo de la Dirección del periódico.

(N. de la Direc. de LA I. C.)

de los reyes en una custodia disforme de metal de velones y piedras falsas.

Otra Congregación eucarística, la del Alumbado y Vela de los Sagrarios, cuyo laudable fin no cumple, dicho sea de paso, celebra alrededor de la Octava del Corpus otra novena, también muy solemne, y cree hacer una gran cosa exhibiendo también su indispensable mamarracho, que también cubre el altar con una falsa gradaría, coronada del más ridículo grupo, coloreado de nubes y angelones de cartón, tan artísticamente moldeado y pintado como las caretas de á real que vemos por las calles en Carnestolendas. Sobre esta peana colgada, que figura ridículamente estar en los aires, y, en realidad, es un desatino de estática y de estética, está el dosel blanco y dorado que cubre el gran ostensorio de la Sagrada Eucaristía, y encubierto á su vez por el ineludible y socorrido pabellón blanco que tapa todo el retablo. Los angelones de las credenciales son de lo más desafortunado y extravagante que se puede idear. Este inmenso túmulo también necesita un maderamen bastante considerable y capaz de estropear y ensuciar altar, retablo, sillería de coro y cuanto esté cerca de él. Visto aquello en conjunto, no puede causar más que lástima á los católicos, risa á los impíos.

Debe tenerse en cuenta el gran coste de estos armatostes, así en cuanto á su construcción, como al ponerlos y quitarlos. Y también la estorsión que causan, además del vocerío y balumba de que hablé en mi anterior artículo. En el Cármen, donde se coloca el primer aparato de estos dos, es necesario ponerlo el Lunes Santo; luego servirse de él como de monumento el Jueves y Viernes, y celebrar ante él, impropia y como puede suponerse, los Oficios del Sábado Santo, pues no se descubre la imagen principal en el Gloria; no tiene aspecto severo la capilla mayor; y en fin, se oficia en el monumento, que es el colmo de los anacronismos.

Y dicen todos los que tienen sentido común, ¿qué se perdería en solemnidad y ornato, ya que se trata de honrar al Santísimo Sacramento, si colocásemos la Custodia en el tabernáculo del altar mayor, ó en otro más lujoso, que removido aquél, pudiera fácilmente ponerse en su lugar, y adornásemos altar y presbiterio con todo el lujo posible en candelabros, flores, alfombras y alhajías, pero sin variar la forma de lo existente? ¿Sonarían por eso de otro modo la música, la palabra del predicador y la voz de los oficiantes? ¿Serían menos reverentes las ceremonias? ¿No brillaría mejor el Ostensorio en un tabernáculo y dosel más cercano á los fieles, y no verían éstos más fácilmente la Sagrada Hostia? ¿No podría ese gasto en maderos y trapos emplearse en cera, en candelabros y campanas, en mayor asistencia de Clero y de cantores? Y aunque los retablos y los altares no fuesen perfectos, ¿no habría medio de adornarlos de modo que no desentonaran de la solemnidad, pero sin ocultarlos, estropeándolos, y sin cambiarles de forma?

No son, empero, las únicas en cometer tales dilates las referidas hermandades. Recuerdo que la Corte de María, allá por los años de 1865 á 68, envidiosa acaso de los esplendores de oropel que ostentaban en Santo Tomás los Hermanos de las Cuarenta Horas, hizo para aquel mismo presbiterio un aparato que fué la bafa de todos los artistas que lo vieron. No se trataba del Sacramento, sino de las Flores de Mayo, y así creyeron que allí todo debía ser alegre y chillón, é hicieron un conjunto de bastidores de teatro (hablo con toda exactitud), en cuyos lienzos el pintor hizo nubes y multitud de ángeles, angelitos y angelones, tejiendo guirnaldas de rosas y ostentando vestiduras abigarradas. El blanco, el rosa, el azul, el oro y el talco, deslumbraban la vista por donde quiera que se fijara. Toda aquella montaña de nubes azules de trazo, sostenía el trono de una imagen de mérito nulo, y rodeaba un altar postizo. Su aspecto era el de un enorme país de abanico, el de algo afeminado y al mismo tiempo ramplón y profano en demasía, que no se podía comparar como no fuese con la apoteosis final de una comedia de magia. Y, en efecto, no faltó quien pensara en iluminar tal decoración mediante luces de bengala al terminar la función del último día.

Yo ví aquella ridiculez, yo subí al retablo cubier-

to por los bastidores, y desde allí pude ver el decorado por detrás, con sus cuerdas, palos, goznes y tornillos; vi el altar cubierto de polvo y maderos, el camarín principal obstruido por trastos, y la imagen de Santo Tomás arrinconada irrespetuosamente, empolvada también, y como presa, entre maderos, cuerdas y objetos deteriorados que allí estaban para que nadie los viese.

Los desperfectos que en paredes, retablo y piso causaba el extraño decorado, eran incalculables; pero la vanidad de algunos mayordomos quedaba satisfecha, los necios deslumbrados, y las mujeres ignorantes contentas, y no había que pensar en más.

La moda, porque así hay que llamarla, de estas decoraciones cundió prodigiosamente y aún dura. En Monserrat para la novena del Pilar y la de Nuestra Señora de los Desamparados, en San Marcos para las funciones de la Sabatina, en San Martín para la de Lourdes, y en San José, en Santiago, para la novena de la Fuencisla, y en algunas otras se introdujeron muy pronto estos decorados teatrales á cual más impropios del templo, y todos, ya es sabido, tapando el altar mayor y el retablo, arrinconando la imagen central para ocupar el camarín, y lo que todavía es peor, dispuesto el artificio de tal manera que el Tabernáculo en que durante las funciones debe estar expuesta la Augusta Majestad de Nuestro Señor, resulta una cosa muy secundaria en el todo, y las luces y adornos que lo rodean no parecen sino el ornato de la parte principal, el trono de la efigie del Santo ó Virgen cuyo nombre lleva la cofradía.

No importa que, cual sucede en San Ginés, donde hace algunos años la referida Corte de María, incendiado el cúmulo de bastidores de que hemos hablado, coloca otro muy feo y sucio, el retablo sea bastante bueno; no importa que sea más fácil, más elegante y lujoso cualquiera otro ornato que, cumpliendo además con las reglas litúrgicas que estos extraños usos quebrantan, sea bello y serio á un tiempo; la moda es la moda, y hay que seguirla por cima del arte y de la liturgia, y afrontando el peligro inminente de una catástrofe, porque no hay que olvidar que una chispa basta para incendiar rápidamente esas aglomeraciones de trapos y madera vieja. Si alguno de mis lectores hubiera presenciado como yo la colocación de una imagen, como por ejemplo el San José de talla que ponen en San Martín, se habría escandalizado al ver la manera casi sacrilega con que es necesario tratar la imagen y el trabajo peligroso que cuesta á los operarios, así esta inútil tarea como lo del descenso.

Han transcurrido los días de funciones; pues abajo el artificio, fuera la farsa ornamental de bastidores y pingós, al suelo las guirnaldas de flor contrahecha, las colgaduras de pana y lienzo con motas, los candelabros y arañas de alquiler, que hacen creer á los necios que el templo en que han estado es riquísimo propietario de tanto lujo, y que allí se nada en oro, y cuando se pide socorro para una obra, es por pura avaricia; fuera ringorringos y angoripolar; ¿se acabó nuestra función? pues se acabó también el mundo hasta el año que viene. Al quitar deprisa y corriendo todas aquellas falsedades pseudo-artísticas, no importa que caigan los trozos de moldura, ni que dejen huella los clavos y las amarras, ni que todo lo llenen las colgaduras con el polvo atesorado durante diez ó doce días; quede el altar con su aspecto ordinario, y perezca lo permanente, lo artístico y lo verdadero, superior á lo ficticio, movable y ajeno al arte.

Pues no, dicen todos los que no están picados de mal gusto, y yo con ellos; no, el templo es una cosa muy grande y augusta, muy seria y respetable, que en nada debe parecerse al teatro y á las algaradas profanas; en él todo ha de tener un carácter solemne, de verdad, de duración y firmeza, de orden y magnificencia constante y uniforme, porque uno es Dios, cuya es aquella morada y emporio del arte de la belleza y de cuanto más rico y grandioso pueda el hombre ofrecerle; una es, y siempre lo mismo, su Iglesia; una la liturgia sublime y conmovedora, el mismo el agosto sacrificio que diariamente se ofrece sobre aquel altar, digno de ser tratado diariamente con respetuoso temor. Y si bien la Iglesia prescribe para días de extraordinaria solemnidad

toda la pompa que sea posible, es siempre suponiendo que ni esta ostentación perjudique al carácter augusto del templo y del altar, y que ambos conserven diariamente el decoro que merecen.

La verdad de los hechos nos obliga á confesar, con harto dolor, que aquí en la corte, donde tantas funciones grandes parece que se celebran, sucede, como todos sabemos, por verlo, que al siguiente día de removidos los bastidores que han servido para una novena ultrasolemne, v. g., de San Antonio, viene el día de Pentecostés, y como si la Hermandad es rica para permitirse mucho lujo, no lo es la iglesia en que lo ostenta, la Misa de tan gran día se celebra en un altar casi desnudo, con sabinilla poco limpia, candeleros pobres y menaje destrozado, y todavía llenas paredes, imágenes, baldosa y gradas con el polvo que dejaron las decoraciones; un cantor solo, acompañado del órgano, casi descompuesto, ejecuta malamente una Misa del Santo Espíritu, que no es ni la sombra de la que toda una orquesta hizo sonar en la fiesta de un Santo; y en fin, si como dicen, y yo creo, el ornato es también para excitar el fervor y atraer á los fieles, no es extraño que éstos ahora sean muy pocos y necesiten grande esfuerzo de su piedad para no asistir con tedio á una de las fiestas más grandes del Catolicismo. El que haya estado algún tiempo no sólo en Madrid, sino en algunas otras ciudades grandes españolas, dirá si exagero.

Preferible es, á mi juicio, el culto pobre, pero uniforme (siempre guardando la debida distinción de fiestas) que en una vieja, pero limpia y bien cuidada iglesia de pueblo, dan un Sacerdote, un sacristán y dos acólitos, que esos grandes relumbrones de un día, casi siempre no el más solemne en el Calendario eclesiástico, que con detrimento del templo, del arte, del buen gusto y del concepto ordenado y prudente que debemos tener del culto, se exhiben en nuestras iglesias; como si se quisiera que en todo el año resaltase más su triste pobreza.

Algunos espíritus irreflexivos que sepan que San Felipe Neri preparó para atraer fieles durante un Carnaval de Roma, un grande y extraordinario aparato con agradable música, y que hayan oído referir algún hecho extraordinario y particular como éste, que no puede formar regla, quizá me digan que todo está bien con tal que tenga por objeto la santificación de las almas. No lo dudo; pero con orden, y dentro de la ley y de la razón; aquella prescribe las formas litúrgicas; ésta nos dicta dar á Dios lo mejor, lo verdadero, lo grande y huir de lo falso y profano. Y como quiera que las almas se han santificado mucho mejor que aquí, y ahora en tiempos y lugares en que el templo permaneció siempre serio y con su carácter solemne y grave, y así sucede aún en nuestras catedrales y otras muchísimas iglesias en las que en todo el año entra un tapicero ó un carpintero á poner aditamento alguno, y en que los preceptos rituales se observan con gran severidad, y no siendo posible que éstos se opongan á aquello mismo para que han sido establecidos, ni que nadie sea capaz de establecer prácticas laudables que se opongan al espíritu constante tradicional de la Iglesia, es indudable que todas estas ostentaciones extrañas y profanas expuestas al ridículo y peligrosas de suyo, con detrimento de la casa de Dios, sólo accidentalmente pueden contribuir á la santificación de las almas, como contribuyen muchas veces y sin querer los malos y los tontos, pero no con la noble categoría de elemento técnico de una cosa tan grande como el esplendor y belleza de la casa de Dios.

JOSÉ FERRÁNDIZ.

¡Pedrejales de mi vida!

De todo hay en la vida del Señor, y lugares de variada condición y aspecto se encuentran sobre la corteza de este mundo sublunar, que pasajeramente habitamos. Sin salir de nuestro graciosa Península, fácil es tropezar con pueblos feos y boñitos, abruptos y llanos, populosos y casi despoblados, llenos de vida y semimuertos, civilizados y

bárbaros, etc., etc. Pero lo que es difícil, diré mejor casi imposible, es descubrir un lugar misero, infortunado, del cual no sean amantes hasta la exageración sus infortunados y míseros moradores.

¡Buenos hijos! exclamará alguno, y ¡Providencia sapientísima! digo yo. Porque ¿qué sería de tales madres si sus hijos tuviesen ojos para ver tanta deformidad? Providencialmente son, pues, ciegos, ciegos de la peor de las cegueras, que es la del entendimiento, los buenos hijos de madres sin ventura.

Los habitantes de capitales de primer orden, de buen grado reconocen la existencia en el mundo de poblaciones mejores que su ciudad natal; pero el vecino de un villorrio jamás da á torcer su brazo, ni por odiosa admite nunca la comparación. Imaginad, pues, ahora que semejante natural tendencia se exagera hasta convertirla en verdadera monomanía, y tendréis idea aproximada de la heroína de mi cuento.

Llamábase la tía Candinga y había tenido el honor altísimo y la envidiable suerte de nacer en Pedrejales, pueblo que forma parte integrante del universo mundo, y hasta se asegura que está en el planeta terráqueo, no faltando quien sospecha que se halla enclavado en los montes de cierta Serranía, situada indudablemente entre los polos Ártico y Antártico. Datos tan precisos bastan, y aun sobran para la exacta y minuciosa descripción del susodicho lugar.

El nombre es propio, pues el pobrecillo Pedrejales nació, vivió y está casi muriéndose entre piedras rodadizas y peñascos mondos y lirondos, altísimos, calvos, escuetos y cavernosos, que á manera de verrugas terrestres rodean protectoramente por todas partes; y no contento con vecindad tan elevada, se encaramó sobre cierta protuberancia que ocupa el fondo de garganta profundísima. Tan sólido cimiento forma una especie de península, bañada por las ondas rumorosas y cristalinas de cierto río, que los árabes llamaron blanco en su idioma gutural, y actualmente hace las delicias de los pacíficos pescadores del pueblo; no siendo imposible, sobre todo durante la canícula, tropezar en sus pintorescas orillas con alguna que otra náyade lugareña y en paños menores, á punto de zambullirse en el líquido elemento.

Vetusto, ruinoso y derrengado se levanta Pedrejales sobre la verruga dicha, agarrándose á los picos y quiebras de las rocas, para no caer y ahogarse en el hondo río. Parece un lugar hecho á puñetazo limpio. Los edificios, todos ellos de color de ala de mosca, con muestras clarísimas, algunos, de ancianidad venerable, apoyándose unos en otros formando grupos apiñados, y hasta se incrustan en los peñascos como si dudasen de la serenidad de su cabeza y del vigor de sus piernas. Calles estrechas, torcidas, sucias, lóbregas, empedradas con morrillos desiguales y surcadas por acera única y central de arenisca roja, que desempeña á la vez el doble oficio de camino de herradura para las bestias y de cuneta por donde libremente circulan, á altas horas, las aguas perfumadas y menores, separan unas casas de otras, sin perjuicio del abrazo cariñoso que pretenden darse los aleros de los tejados. Tales accidentes del terreno permiten llegar á pié llano á los de ciertas casas, mientras por el lado opuesto tienen tres y cuatro pisos; de donde resulta que, en algunas las cuerdas están sobre las habitaciones, y por ende, los animales ocupan más elevada posición que los racionales. Una sola fuente, de sucio aspecto y forma primitiva, hay dentro del lugar, cuya sed apaga gota á gota, pues sólo de tarde en tarde destila un chorrillo líquido que da pena. Los alrededores todos de Pedrejales son áridos y pedregosos, sin que el viajero que desde la Sierra descende á la garganta, pueda adivinar de qué vive un pueblo que ni es agrícola, ni comerciante, ni manufacturero. Pobres son, pues, sus moradores, pobremente visten, pobremente comen, y pobremente pasan muchas horas, en invierno, tomando el sol (que por cierto se pone á las tres de la tarde), y el fresco en verano, cruzados de brazos y tendidos sobre los poyos de la plaza. Todas las semanas, ciertas familias pudientes dan limosna á los menesterosos del pueblo, que formando abigarrada fila de tipos y se-
n-

blantes anémicos, y murmurando de quien los socorre, esperan la hora del reparto junto á la puerta de la casa.

De la caridad pública vivía, pues, la tía Candinga, nuestra heroína, que viuda desde muchos años atrás, educaba trabajosamente á su hijo único. Aquella era golosa, hasta el punto de morir por el chocolate; éste travieso é ingenioso, hasta el extremo de que sabiendo sólo leer, escribir y cuentas (cosas que aprendió gratis en la escuela del lugar), so pretexto de no serla gravoso, dejó á su madre, montó sobre la cruz de sus calzones, y paso tras paso se presentó en Valencia, colocándose de mancebo, pocos días después, en un importante comercio de géneros coloniales del mercado.

El muchacho, que era honrado como montañés legítimo; agudo, con la agudeza que enseña la necesidad; trabajador, como suele serlo todo aquel que aspira á conquistar un capital; y que entre el gimnástico manejo de los sacos y el aroma de la canela, cacao, etc., se había insensiblemente convertido en robusto mozo, de sonrosado cutis y de ojos lánguidos, empezó por barrer la tienda y concluyó por casarse con la hija única del principal.

Buen hijo, tuvo entonces formal empeño de que su madre, la tía Candinga, se trasladase á Valencia. Costó mucho arrancarla de Pedreiales; pero se sobrepuso al fin el amor materno al amor á la tierra, y la tía Candinga ascendió repentinamente desde pordiosera de lugar á señora respetada y atendida de uno de los mejores comercios de la plaza valenciana y de una de las casas más lujosas y cómodas de la ciudad. Al principio todo marchaba á las mil maravillas, pues las madres no se hartan fácilmente de abrazar á sus hijos, y no hay menesteroso tan sin sentido común que rechace la holgura y comodidades de una vida regalada y pacífica.

Sobre todo, doña Candinga (pues el don es inherente al dñ) no se veta nunca satisfecha de chocolate. Poco le importaba que fuese caracas, guayaquil ó soconusco; podía tomarlo á todas horas, antes y después de las comidas, exterior é interiormente, y esto era lo esencial. Desayunábase con chocolate, lo tomaba algunos días para reparar las fuerzas hacia las once de la mañana, merendaba chocolate y se acostaba con la jícara de chocolate en la mano. Curaba todas sus dolencias con cataplasmas de chocolate, aplicadas, según los casos, á la frente, boca del estómago y riñones, y tan grande era su fe en esta panacea universal, que los achaques y dolores de la vejez huían, en efecto, como por ensalmo. Tanto abusó del chocolate durante los primeros años de su estancia en Valencia, que el comerciante, su hijo, llegó á temer por la salud de su madre, y tuvo que amonestarla cariñosamente.

Aquel mismo día empezó la tía Candinga á recordar con pena los peñascos de su lugar y á menospreciar, sin sentido común, lo mucho bueno y hermoso que Valencia contiene.

Se sentaban á la mesa, y casi diariamente surgían diálogos como el siguiente:

—Madre, usted no prueba el agua.

—Hijo, esto no es agua, sino caldo; para buena agua, Pedreiales.

—¿No tiene usted gana, madre?

—No, hijo. Como dice el dicho, en Valencia la carne es pescao, el pescao verdura, la verdura agua, los hombres mujeres y las mujeres nada. Para pernils ricos, Pedreiales.

—De Pedreiales es, pues, el jamón que está usted comiendo.

—No puede ser: te lo habrán cambiado en el camino por algún pernil valenciano.

—Pero, madre, al menos coma usted postres: aquí tiene usted naranjas de Carcagente, melón de Foyos, uva de Jijona, limoncillos de Sagunto, fresas de Tabernes...

—Hijo, todo eso es basura en comparación de las peras de malacara y de las camuesas de Pedreiales.

Por este estilo continuaba la conversación, hasta que la tía Candinga se levantaba de la mesa y salía murmurando entre dientes:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedreiales de mi vidal!

Por más que su hijo la hizo de vestir de largo, y poner mantilla de blonda, merced á lo cual casi parecía señora, la tía Candinga no pudo frecuentar

el trato de gentes; y al principio acompañada y después sola, visitaba frecuentemente las iglesias y no perdía función importante.

—Vamos, madre (decía el hijo, cuando la tía Candinga regresaba á casa), que culto más pomposo y tierno á la vez, funciones tan numerosas como solemnes, decorado de tanto gusto y música religiosa tan clásica como en Valencia, no se ven en ninguna parte.

—Calla, hijo, calla; no digas herejías. ¿Acaso no recuerdas aquellas Misas mayores de tres en ringla, aquellos sermones de los Curas del contorno, aquel alzar á Dios y ofertorio al son del tamboril y de la gaita, aquel Rosario cantado por las calles y aquellas novenas y gozos de Pedreiales?

No había más remedio que callar; y la tía Candinga se retiraba suspirando y diciendo:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedreiales de mi vidal!

Si salía en coche á paseo, se mareaba, decía pespes de los carros charolados y negros, y suspiraba por los cómodos y pacíficos asnos de su lugar. Si paseaba á pie, tenía que sentarse de cincuenta en cincuenta pasos, se aterrorizaba cada vez que oía el ruido de un carruaje corriendo á su lado, desdeñaba las flores y calles de árboles, acordándose de las selvas y matorrales de su lugar, y volvía á casa muerta de cansancio. No acostumbraba á trasnochár; en la ópera se dormía profundamente al arrullo de la música y al calorillo del teatro. Su hijo sólo logró que atendiese á la representación del Nacimiento del Niño Dios, en el teatrillo de los Huérfanos de San Vicente, y aun allí puso peros á los pastorcillos y zagalas, comparándolos con los de carne y hueso de sus montañas.

Detestaba el clima de Valencia, porque con su dulzura, ni aun en el rigor del invierno da pretextos para buscar el abrigo de los caracoles y la charla incesante de las comadres que en tales mentideros se congregan. La sola idea de embarcarse crispaba sus nervios, y al proponérselo contestaba muy formal que no se había bañado en su vida, ni siquiera por limpieza. En fin, la pobre tía Candinga no encontraba en Valencia nada bueno, ni cómodo, ni agradable, ni bello. La nostalgia de Pedreiales se había apoderado de su ánimo, y en Pedreiales pensaba todo el día, con Pedreiales soñaba todas las noches, de Pedreiales hablaba á todas horas y en Pedreiales cifraba la infeliz todas sus delicias. Hasta el abundante y rico chocolate de su hijo se convirtió con el tiempo en corteza molida de pino, y los manjares de su mesa opápara en rejalar de lo fino. La anciana sin ventura fué enflaqueciendo, enflaqueciendo, hasta el punto de que ya no le quedaban fuerzas más que para esconderse á llorar y á pronunciar entre dientes su sacramental frase, compendio de sus anhelos y suspiros:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedreiales de mi vidal!

El comerciante llegó á temer por la vida de su anciana madre, y decidió cortar aquella situación insostenible. Al efecto, compró en Pedreiales una casita de las menos malas del lugar, la amuebló decentemente, tomó una criada de años que congeniase con su madre, y apenas se lo permitieron sus ocupaciones, emprendió con ésta el viaje á su pueblo natal. El solo anuncio del regreso á Pedreiales curó, como por ensalmo, á la tía Candinga; recobró el humor y el apetito, y se puso en marcha, sacudiendo antes el polvo valenciano de sus zapatos y sin volver atrás los ojos para despedirse del Miguelete.

Al llegar al pueblo que precede á Pedreiales, hijo y madre encontraron una carretera, construída durante los años que permaneció en Valencia la tía Candinga. El primero se alegró mucho de poder subir á su lugar en carruaje; pero la segunda se negó rotundamente á meterse en el carrito del ordinario, y hubo que proporcionarle un burro para que en él cabalgase y un muchacho para que la sirviera de espolique. El hijo marchó, pues, á Pedreiales por la carretera nueva y la madre por la antigua, senda de herradura, intransitable á la sazón, tanto por lo quebrado del terreno como por falta de uso.

Durante el camino, tres ó cuatro veces estuvo la tía Candinga á punto de apearse de su asno por las orejas; pero el zagal volaba en su ayuda, enderazaba el aparejo, sacudía unos varazos al burro para

que caminase con más prudencia y comedimiento, y continuaban la marcha. Así llegaron á cierta cumbre, que dista una media hora de Pedreiales, y desde donde ya se divisa el pueblo, montado sobre sus peñascos. Al verle se enterneció la tía Candinga y dió rienda suelta á sus lágrimas, que corrían hilo á hilo por sus mejillas; el burro se refociló también oliendo la proximidad de la cuadra, y levantando la cabeza, abriendo las narices y enderezando el rabo, lanzó patriótico rebuzno y comenzó á bajar la cuesta corriendo y dando saltos y corcovos. A las primeras de cambio perdió el equilibrio la tía Candinga, dió un grito, corrió en su auxilio el espolique; pero llegó tarde, cuando ya la pobre mujer estaba en el suelo, lamentándose amargamente, sin poder moverse y con el femur roto.

Inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo el mozalbete para incorporarla. Después de mucho bregar con la recién caída, que al parecer se moría por puntos, logrando únicamente el aumento de sus dolores intensísimos, montó el zagal en el burro y á galope tendido llegó á Pedreiales en busca de auxilios y socorro. El carrito del ordinario entraba entonces en el pueblo, y el imprevisor comerciante buscó dos mozos y una parihuela, volando dolorido al encuentro de su madre.

A las diez de la noche subía el triste convoy á Pedreiales por una de sus calles más lóbregas, estrechas y empinadas. La noche estaba oscura como boca de lobo, y el alumbrado público de Pedreiales, reducido á tres faroles de aceite para todo el lugar, aumentaba la oscuridad en vez de disiparla. De repente se abrió la ventana de un segundo piso, y sin decir *agua va* (porque en efecto, no era agua, sino aguas, aunque menores), cayó un robusto chorro sobre la parihuela en que yacía casi exánime la tía Candinga. Se oyeron en la callejuela unos cuantos calificativos de esos que las verduleras se adjudican unas á otras cuando riñen, el portazo de una ventana que se cierra con estrépito y algunos pasos fuertes y lentos, como de gentes que, cargadas, se alejan poco á poco, y quedó todo lóbrego y silencioso, según costumbre inveterada en Pedreiales á tales horas de la noche.

Algunos días después falleció cristianamente la tía Candinga, y su hijo vendió la casa y cuanto en ella había por cuatro cuartos, y regresó á Valencia con el propósito decidido de no volver á poner los pies en el pueblo de su naturaleza.

No quiero concluir sin participaros que, según afirman los que la ayudaron á bien morir, las últimas palabras que en su agonía pronunció la tía Candinga, fueron éstas:

—Valencia corral de vacas. ¡Pedreiales de mi vidal!

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Acacio Cáceres Prat



ACE tiempo que obraba en nuestro poder la poesía *La flor del Carmelo*, original del infortunado poeta Acacio Cáceres Prat, y destinada á publicarse en nuestra revista.

Necesidades editoriales, esto es, de publicar otros trabajos de mayor oportunidad de momento, nos había hecho demorar la inserción de *La flor del Carmelo*, hasta que con honda pena hemos leído en los periódicos la noticia del fallecimiento de Acacio Cáceres, desgraciado autor de esta poesía.

No vamos á escribir una necrología rimbombante y afectada, ni á sostener que con Acacio Cáceres ha perdido España un nuevo Becquer. Las condiciones literarias de Cáceres (y que las tenía es indudable) no han podido desarrollarse, no ya en su totalidad, sino ni aun en mínima parte, porque la miseria persiguió al poeta constantemente; porque Acacio fué una víctima de lo que ahora llamamos *la lucha por la vida*, para cuyos combates le faltaron siempre facultades prácticas, y porque, para colmo de males, fué imprudente y prematuramente elogiado en sus primeros pasos literarios; elogios nocivos que llenaron quizá de errores su inteligencia y de imposibles deseos su corazón, dejándole inhábil del



VISTA DE COLONIA

todo para seguir luchando con probabilidades de algún éxito.

¡Ah!... Y ¡qué funestos suelen ser esos elogios prematuros y disparatados! La sociedad oye á un joven escritor versos en un Ateneo, ó leer un discursito, y lo pone en los cuernos de la luna, proclamándole un nuevo Zorrilla ó un nuevo Donoso. Como hay cariños que matan, hay entusiasmos que esterilizan, y aplausos que asesinan, como abrazos que ahogan. Quizás el infortunado Acacio fué una víctima de esos aplausos y de ese entusiasmo.

Lo cierto es que él era poeta, aunque no del todo formado. Y no quería ser más que poeta, lo que constituye una malísima profesión para satisfacer las urgencias de la vida. Así no son de maravillar las desgracias que acompañaron constantemente á la de Acacio Cáceres.

Fueron inmensas. El infortunado poeta padecía materialmente de hambre. ¡Y ha muerto dejando en tristísima orfandad á dos hermosos niños y en desamparada viudez á su joven esposa! ¡Qué bella ocasión para las almas caritativas!

Como escritor, deja Acacio una relación de viaje al Santuario de Nuestra Señora de Covadonga, otra (si no recordamos mal) por la provincia de Cáceres, y muchos artículos y poesías. ¡Rueguen á Dios nuestros lectores por el descanso de su alma, y socorran, si pueden, á su viuda y huérfanos!

(La Dirección de LA ILUSTRACION CATOLICA).

LA FLOR DEL CARMELO

SAN JUAN DE LA CRUZ

DEDICADA AL EXCELENTISIMO SEÑOR MARQUÉS DE HEREDIA

I

¡Oh sacrosanto monte!
¡Oh bendito y selvático Carmelo,
que en el amplio horizonte
te elevas desde el suelo
como heroico escabel que asciende al cielo!

¡Faro de Galilea
de esplendor como el Sinaí y el Moria
que refleja en Judea,
coronando su historia
del Tabor y del Gólgota la gloria!

A tí, el frondoso olivo,
como el cedro del Líbano, da sombra,
y en rústico cultivo
la vid que Engadi nombra,
tus faldas con sus pámpanos alfombra.

Rebaños baladores
pastando cruzan tus agrestes lomas;
y tus fragantes flores
esparcen sus aromas
en tus selvas, do anidan las palomas.

A tu sombra sagrada
agrupándose al pie de una colina,
cual tórtola posada,
un pueblo se reclina
cuya historia es profética y divina.

¡Ah! *Nazaret* le dice
el mundo, el tiempo, religión é historia;
el hombre le bendice,
y alma en la memoria
con la voz de la fe canta su gloria

Una sagrada niña,
rosa de Jericó, de Oriente orgullo,
nació de tu campiña,
del céfiro al arullo,
virgen en flor de celestial capullo.

Que del mundo el destino
marcó Dios, de la esfera en alborada,
y á tu sombra sagrada
cubrió el *ave* divino
la Virgen de Sión immaculada.

Más tarde un sacro Niño
á tu sombra feliz también crecía
al maternal cariño;
¡el Dios-Hombre, que un día
por el hombre en el Gólgota moría!

Desde entonces tu sombra
fué horizonte de místicos arcanos,
tu césped fué la alfombra
que tendieron las manos
á María los mártires cristianos.

De tus grutas benditas,
que un tiempo habitaron los profetas,
surgieron las ermitas
á tus reglas sujetas
cual retiro de místicos ascetas.

Tus bosques solitarios
fueron bíblicas arpas de los vientos,
y los graves santuarios
con tus céfiros lentos
marcaron la oración de tus conventos.

Desde Oriente á Occidente
fuiste el faro del naufrago, ¡oh Carmelo!
el ascético puente,

la escala del consuelo
que enlazara la tierra con el cielo.

II

Los siglos transcurrían;
monasterios y templos se elevaban,
los monjes sucedían,
y en número ascendían;
mas sus reglas monásticas fallaban.

La antigua manchadumbre,
la cristiana y austera penitencia,
burlaba la costumbre
de la nueva opulencia
de regalo, y tal vez la incontinencia.

Una austera reforma
por espíritus rectos, soberanos,
que impusieran por norma
sus actos sobrehumanos,
exigían los *carmenes* cristianos.

Desde el desierto al cielo,
desde la Mancha en las llanuras secas
donde aún se alza *Duruelo*,
fué en España el Carmelo
hasta el triste rincón de las *Batuecas*.

Siglo del ascetismo
fué el siglo dieciséis, bravo y severo;
el Emperador mismo,
el invicto guerrero
labróse en Yuste su retiro austero.

El Duque de Gandía,
galán apuesto y paladín famoso,
ante la muerte fría
trueca el traje lujoso
por el tosco sayal del religioso.

Y Felipe segundo,
á quien el orbe á toda ley consulta,
para regir al mundo
su majestad oculta
y en la celda de un claustro se sepulta.

Y en tanto que sublime
en Alcántara heroico un monje brilla,
y á su ejemplo redime
del Tajo en la amplia orilla
la Seráfica Orden en Castilla,

De Avila en *Hontiveros*
surgió un niño de espíritu ferviente
y de hábitos austeros,
siendo ya adolescente,
sublime en la virtud del inocente.

Su espíritu crecía
en un exíguo cuerpo, comparado
al fanal en que ardía

aquel fuego sagrado
por el alma tan solo alimentado.

Un día en que se hallaba
ante la Virgen elevado al cielo,
y con fervor oraba,
oyó con gran consuelo
que su voz al Carmelo le llamaba.

En la orden piadosa
Juan de Yepes su ingreso solicita,
y bien pronto reposa
en la celda bendita
con el pardo sayal del carmelita.

Bríndale dulce calma
la austeridad del claustro solitario;
Noche oscura del alma,
trayecto funerario
que cruzaba á la sombra del santuario.

Mas sacerdote y vate,
deja en su canto que la fe despierte,
y la impiedad combate,
que su espíritu fuerte
lucha al par con la vida y con la muerte.

Como de sí deduce
la vida es para él trance de duelo
que al sepulcro conduce;
la muerte el paso al cielo,
que es más rápido aún desde el Carmelo.

III

Resuelto á la reforma
un genio superior que le impulsara
aguardó como norma,
y una mujer preclar:
se acerca á él como á Francisco, Clara.

Era la religiosa
Teresa de Jesús, la cual le invita
á su empresa gloriosa;
Juan de la Cruz medita
y acepta la reforma carmelita.

¡Oh! ¡cuánta penitencia,
cuánto valor y abnegación luchando;
cuánto esfuerzo y paciencia,
con el acento blando
de la voz apostólica triunfando!

Mas ¡ay! que á su denuedo
llegó también el mundanal conjuro,
y la imperial Toledo
por su esfuerzo más puro
ofrece á Juan un calabozo oscuro.

Aunque era de alma fuerte,
su endeble cuerpo la prisión rendía,
y con piadosa calma,
en cruel agonía
sintió Juan de la Cruz que se moría.

Era una noche oscura;
el ascético Juan, con voz doliente,
con mortal amargura,
orando penitente,
parecía exclamaba tristemente:

«¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?...»
Y con acento triste,
como de muerte herido,
continuaba en monólogo sentido:

«Pastores, los que fuesdes
allá por las majadas del otero,
si por ventura viesdes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.»

«¡Ayl quién podrá sanarmel
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero
que no saben decirme lo que quiero.»

Entonces, de repente,
por estrecha y altísima ventana
un rayo hirió su frente,
y una voz sobrehumana
llamó á Juan, de la vega toledana.

La atmósfera se enciende
del calabozo tétrico y oscuro,
el rayo á Juan suspende,
que asido al rayo hiende
libre en los aires el ambiente puro.

Del Tajo ya en la orilla,
contemplando el azul del alto cielo
donde la luna brilla,
tomando su alma vuelo,
así exclama al volver hacia el Carmelo:

«Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.»

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!

¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decir si por vosotros ha pasado!»

Y por alto misterio
llegó á las puertas al romper el día
de un viejo monasterio:
y más tarde seguía
á arbolarse el Carmelo á Andalucía.

IV

Heróica era la empresa:
la región oriental de los placeres,
va á escuchar la promesa
que Juan hizo á Teresa,
la más espiritual de las mujeres.

Los árabes de Oriente
sus costumbres dejaron como un vicio
á la cristiana gente,
y el monje penitente
allí fué con la cruz del sacrificio.

Y en donde voluptuosas
poblaron del harem los aposentos
odaliscas hermosas,
de Cristo las esposas
educa el rigor de los conventos.

Por eso el monje quiso
llevar tan lejos su devoto celo
donde fué un paraíso;
quiso ofrecer al cielo
los *cármenes* floridos del Carmelo.

Para el místico asceta
la vida es el dolor, cárcel el mundo;
en la carne sujeta,
con martirio profundo
vive el alma en el cuerpo moribundo.

Que siempre entre dolores
alma y cuerpo padecen de tal suerte,
que entre vivos rigores
como la vida advierte,
todo hombre nace condenado á muerte.

Por eso el sabio asceta
de su alma esparce el misterioso vuelo,
y, apóstol y profeta,
eleva su alma al cielo
desde la heróica cima del Carmelo.

V

Y á Úbeda más tarde
llega Juan de la Cruz. Su espíritu era
cual la llama que aún arde
en la astilla postrera
sustentando sus ráfagas la hoguera.

Junto al pueblo, en la altura
que el rudo labrador tan sólo habita,
de un bosque en la espesura
se destaca una ermita
que da albergue después al carmelita.

Allí la austera vida
su dulce soledad brinda al asceta;
el campo le convida
á su gloria completa
de sacerdote místico y poeta.

Allí mansas palomas
conciertan con las tórtolas su arrullo,
y los suaves aromas
de flores y de pomar
se esparcen de las auras al murmullo.

Allí, en la añosa encina
las maduras bellotas se abrillantan;
la errante golondrina
en el alero trina
al compás de los pájaros que cantan.

Y en los cotos fronteros
que puede contemplar desde sus rejas,
escucha los corderos
balar con las ovejas,
zumbando entre las flores las abejas.

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad le guía
á solas su querido,
también en soledad de amor herido.

Mas al fin llega el día
en que el rayo mortal su cuerpo hiere,
y, en piadosa agonía,
sintió que se moría
quien se siente morir porque no muere.

VI

De Úbeda en un convento
se ofrece el cuadro lúgubre y sagrado:
el severo aposento,
de cirios alumbrado,
está por el incienso perfumado.

Los monjes, de rodillas,
inspirándose en él fervientes oran,

y el llanto en sus mejillas
enjagan porque lloran,
y á Dios con él su caridad imploran.

En tanto el genio augusto
de aquel mártir el alma fortalece;
la muerte de aquel justo
á la del sol parece,
que aumenta su esplendor cuando anochece.

Su voz desfallecida
á la claustral comunidad consueta,
y su misión cumplida,
abandona la vida
y en triunfo su alma á los espacios vuela!

¡En la mortuoria estancia
un inefable resplandor se advierte,
y una suave fragancia
cual si aquel cuerpo inerte
diera olorosa ráfaga á la muerte!

Terminó ya su historia;
su espíritu ascendió desde el Carmelo;
que por eterna gloria,
su alma en rápido vuelo
tuvo del monte aquel muy cerca el cielo.

Más tarde, en un santuario,
inmediato á Segovia, y solitario,
su cuerpo fué sepulto,
y en altar funerario
allí la Religión le rinde culto.

La fe tiene un asceta
de San Juan de la Cruz en la memoria;
las letras un poeta,
un héroe la historia
y un santo el cielo por su eterna gloria.

ACACIO CÁCERES PRAT.

Las mujeres de los sectarios

INTRODUCCIÓN

Si en consignar muchas páginas de la historia de la mujer, no puede trazarse la de las creencias religiosas. Por lo que en éstas figura el sentimiento, por lo que interesan al corazón, es natural que las mujeres hayan figurado en los anales religiosos; y lo que podemos conjeturar, dada la índole del sexo femenino, queda plenamente comprobado en las crónicas de todos los pueblos.

Aun aquellos que sistemáticamente han despreciado á la mujer, como el árabe, sujetándola á la esclavitud de la poligamia y del harem, reputándola casi fuera de la especie humana, no han podido menos en Ayesha, en Fatima y en otras princesas de reconocer la importancia de las esposas y de las hijas del Profeta.

Los pueblos gentiles elevaron á sublime altura á sus Sibilas, y el pueblo hebreo no se desdendió de seguir las banderas de Débora, protegida del Señor y convertida en caudillo de los fieles. Los germanos reconocieron desde luego en las mujeres capacidad para el Sacerdocio y para la dirección moral de la sociedad, honrando á sus madres y hermanas más y de mejor manera que en los tiempos de la caballería honraban los guerreros á las señoras de sus pensamientos. La influencia de las mujeres entre los bárbaros era real y efectiva; en la edad de los trovadores y *de las cortes de amor* no era más que una ficción, ó una imposición de la moda de aquel tiempo.

Es observación muy conocida la de que al lado de cada gran heresiarca hay una mujer que le inspira, ya sea su legítima consorte, ya se haya unido á él por culpables vínculos, rompiendo sacrilegamente los antes contraídos, ya sea la depositaria del poder que protege al súbdito revoltoso, ya se constituya en sierva del hereje ó sectario para ganarle prosélitos. El tipo de Omphale entre los paganos, domadora de Hércules, y el de Dalila entre los hebreos, que desarmó á Sansón, es frecuente en la historia, sin que por esto se haya de creer que esas mujeres vencedoras de los hombres fueron prodigios de habilidad é inteligencia. No fué Eva más sabia que Adán, y le arrastró á la culpa y al precipicio.

De esa influencia de la mujer, que siempre existió, al menos entre los pueblos arios, puede asegurarse que nadie ha hecho caso hasta nuestros días.

Los que hoy hablan de la emancipación de la mujer no han saludado la historia, porque sus teorías, llevadas á la práctica, no le darían más influencia de la que en varias épocas ha tenido. Al contrario, porque se declara emancipada, rompe esa cadena de oro y de flores que al hombre la une, y lo más natural es que se la mire como á un enemigo. Los antiguos habían representado bien ese predominio de la mujer, convirtiendo en un nido de palomas el casco de Minerva.

Todo contribuye en la organización de la mujer á darle esa importancia en el concepto religioso. Su organización, más fácilmente impresionable, la influencia que ejerce sobre la generación futura desde que la ejerce sobre sus hijos, su aptitud especial para la resignación y el sacrificio, su moralidad, generalmente superior á la del otro sexo, y el desinterés que forma parte de su naturaleza desde que la sociedad le niega todos los cargos lucrativos y la mayor parte de los puramente honoríficos. Cuando se han ofrecido ocasiones de profesar sus creencias en medio de los martirios, no ha sido la mujer menos intrépida y valiente que el hombre; y prescindiendo de las heroínas del Cristianismo, cuyo ejemplo no nos atrevemos á citar en un trabajo sobre las mujeres de los sectarios, bastaría citar á Lecena, que en Atenas se arranca la lengua para no confesar la verdad y dejar burlados á sus jueces.

Las mujeres en Esparta entregaban á sus hijos el escudo, diciéndoles que preferirían verlos cadáveres sobre él, á escuchar que habían sido vencidos en la lucha con sus contrarios. Sin pelear personalmente, contribuyen con sus exhortaciones á la victoria, como en causas profanas hicieron excitando contra Mario y los romanos la cólera de los cimbras y teutonos. ¡Cuántos hombres pudieran decir como Adán: «La mujer que se me ha dado por compañera, esa es la que me ha hecho pecador y delincuente!» Verdad es que ni esta disculpa atenuó el pecado de nuestro primer padre, ni atenuará las faltas y delitos de cuantos le imiten en la culpa y se le asemejen en el castigo.

Importa conocer hasta dónde llega la influencia de la mujer en bien y en mal, y para eso hay que estudiar como la vida de las grandes santas, la de las grandes pecadoras que unieron su destino al de los herejes. No diremos que algunas de éstas no fuesen víctimas de la seducción, ni aseguraremos que fueran todas de gran inteligencia. El ascendiente que ejercieron sobre los herejes debióse muchas veces, de seguro, á su belleza y al predominio de las pasiones, porque, como decía Calderón

«Harto hace la mujer con ser hermosa.»

La influencia á que nos referimos acaso se ejerció más bien sobre los adeptos de las sectas y de las herejías que sobre los mismos herejes y sectarios; esto se halla demostrado, al menos en cuanto á los montanistas africanos, que durante largo tiempo fueron la plaga de las cristiandades en aquella posesión del antiguo continente.

En nuestros días las supersticiones que hoy nacen y pretenden apoderarse de los ánimos, desde el espiritismo hasta el hipnotismo, todas cuentan con esa influencia de la mujer, que, si bien no tiene condiciones de inventora de doctrinas ó sistemas, las tiene de apóstol, y tanto más se apega á una superstición cuanto es más cabalística y misteriosa. *Superstición, tu nombre es mujer*, pudiéramos decir con el autor del *Hamlet*. Y, por cierto, que no le servirá de disculpa la menor cantidad de inteligencia que Dios le haya dado, porque todas las almas son de igual dignidad, y no llega hasta ellas la dignidad del sexo, y no hay dos religiones diferentes, una para las mujeres y otra para los hombres.

No nos atreveremos á decir cuándo es mayor esa influencia del bello sexo, si cuando nos incita al error, si cuando quiere llevarnos hacia la verdad, porque en uno y otro caso es muy considerable. Si las mujeres de los montanistas perturbaron el Africa, las lágrimas de Santa Mónica le dieron á San Agustín padre y maestro de los fieles en aquellas regiones. Austeras fueron ciertamente las costumbres de los montanistas; no era para liviandades ni disipaciones para lo que se mezclaban entre ellos las mujeres; pero el hombre se pierde por muchos

camino, por el error de la inteligencia y del conocimiento, como por la perversión de los corazones. La austeridad en las costumbres de algunos herejarcas y de sus discípulos, sirvió como de red para envolver á los incautos.

Así nos describe el autor del *Paraiso perdido* al príncipe de las tinieblas y al jurado enemigo de Dios y del género humano. Transformado en serpiente, era el mejor adorno del jardín; con el oro y la púrpura de sus colores, llevábase tras de sí la mirada de la inocente víctima, y se preparaba á derramar su veneno sobre la humanidad, seduciendo á sus primeros representantes. En la prosecución de este trabajo verán nuestros lectores cuántos abusos y cuántos crímenes han nacido de esa mal dirigida influencia de la mujer en materias religiosas.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

ANUNCIOS Y RECLAMOS

Agua del Congo para el tecedor.

Esta es el AGUA que reúne las condiciones de perfume excelente, fino y constante, y con el uso continuo, yo os salgo garante que suaviza el cutis y hermosea las facciones. Depósito: Príncipe, 19 y 21, Madrid. V. Vaissier, inventor del jabón del Congo.

El collar de diamantes del avaro

En 1740 vivía en París, en el barrio latino, un avaro famoso, que se llamaba Juan Avère. En la oscura choza que le servía de vivienda se creía que había encerradas riquezas inmensas, y sin duda alguna eran muy grandes. Contaba entre sus tesoros un collar de diamantes de muchísimo valor, y lo ocultaba tan cuidadosamente, que al fin él mismo llegó á olvidar en dónde estaba. Días y días y días gastó en buscarlo infructuosamente, hasta que casi se volvió loco, lo que le acababa de quitar la memoria, y no tuvo más remedio que meterse en la cama física y mentalmente. Algún tiempo después un médico, y una vieja que á veces entraba en la casa con motivo de algún trabajo necesario, se encontraban á la cabecera de la cama velándolo en sus últimos momentos. En el momento en que el reloj de la parroquia daba la una, deja de murmurar, y sentándose en la cama, grita: «Ya me acuerdo en dónde está. Ya puedo encontrar el collar. Por Dios, déjenme que lo coja, no sea que se me vuelva á olvidar.» Habiendo agotado con esto sus fuerzas, volvió á recostarse entre sus harapos y se quedó muerto. Los médicos y las personas estudiosas tienen ejemplos de estos recuerdos repentinos en las grandes crisis de la vida.

Considere esto el lector, en tanto que le contamos un episodio en la carrera humilde de un guarda agujas, que puede verse de guardia todos los días en una estación poco importante de un ferrocarril del Norte de Inglaterra.

Tiene que hacer guardia casi todos los días, y ni al comer puede separarse de su puesto, lo que afecta la salud desfavorablemente. Los más fuertes no pueden resistir por más tiempo sin resentirse. Esto trae á la memoria la exclamación del poeta inglés Tom Hood:

«¡Dios mío! ¡Que cueste tanto el pan y tan poco la carne humana!»

Nuestro amigo ha estado en esta ocupación muchos años, aunque sólo tenía treinta y cinco cuando se escribieron estas líneas. En 1884 empezó á sentirse mal. «No sé qué tengo solía decir—pero me falta el apetito.» Lo que comía á la fuerza, no le aprovechaba, y algunas veces se asustaba porque le daban mareos, que no le dejaban ni andar. «¿Qué va á suceder—decía—si á mí me da esto en algún momento difícil, en que yo necesito todos mis recursos?»

Otros síntomas de su estado eran dolores en el pecho y en los costados, estreñimiento, mal color, ojos amarillos, mal gusto de boca, eructos, etc. El médico dijo que era preciso que dejase el trabajo, ó arriesgaría el quedarse impedido. Imposible. ¿Quién atiende á la mujer y á los hijos? El pobre continuaba en su puesto, y se ponía peor. En el trabajo no se notaba; los telegramas se recibían y se

despachaban bien, y no hubo tren que descarrilara por su culpa ó su descuido. La enfermedad, indigestión crónica, adelantaba y produjo complicaciones en los riñones y en la vejiga. El médico decía que lo mataba el veneno que tenía en el estómago y en la sangre, y que no había remedio, que su sentencia de muerte estaba firmada. Pasaron otros seis meses. De guardia un día, se puso tan malo, que no podía estar de pie ni sentado. Dice que se retiró en un banco, y allí estuvo toda la mañana. «Ya podían hacer señales, ya podía sonar la aguja del telégrafo, yo hacía de todo ello el caso que haría un muerto de la lluvia que cayese sobre su tumba.»

Al principio estaba solo, pero luego vino gente y llevaron á su casa al guarda agujas. En vano se ocupaban de él los médicos. Sus cinco hijos rodeaban su cama, y la mujer se hallaba ausente, enferma en un hospital.

Así estuvo días y días, muchas veces sin conocimiento. No había más que hacer que esperar el fin. Entonces las entorpecidas facultades se despertaron por un momento, recobró la memoria, y se acordó de que en un sitio oculto de la casita había guardado una medicina, que años atrás le había hecho provecho, y luego había olvidado. Mandó por ella y tomó una dosis. En seguida le hizo operación: los riñones funcionaron, cesó el dolor y sintió alivio. Lleno de esperanzas, mandó por más. Llegó, lo tomó, y en pocos días los médicos se admiraban de encontrar al enfermo en la calle convaleciente. Recobró la salud por completo, y hablando de lo que le había pasado, nos dijo: «¡Qué cosa tan admirable que en lo que parecía mi lecho de muerte recordase repentinamente en dónde había puesto aquella media botella de Jarabe curativo de la Madre Seigel! Aquel recuerdo feliz me libró de la muerte.»

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 reales.

Las instalaciones de alumbrado eléctrico.

Manual práctico, por G. Fournier y J. A. Montpelier, con un prólogo de D. José Echegaray. Traducción de Hidalgo Mobellán. Madrid, 1892. Librería de Victoriano Suárez. 7 p. en Madrid y 8 en provincias.

Este Manual es una obra utilísima para toda clase de personas. Comprende, como dice el ilustrado prologoista, cuanto de electricidad hay que saber, y aunque domina en él el carácter práctico, contiene todas las teorías necesarias. Está escrito fácil y sencillamente para que, aun los absolutamente imperitos en ciencias físicas, puedan comprenderlo todo. Hoy nadie debe desconocer los misterios de la electricidad, de esa maravillosa fuerza de tan magnífico presente y más magnífico porvenir. Con el Manual que anunciamos satisfacen cumplidamente esa necesidad.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se las quitarán pronto, por fuerte e incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas, useu el ELIXIR y POLVOS MENTOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento. Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 3

1892

PERUJO-ANGULO
DICCIONARIO
 DE
CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado. — TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.— Pedir prospectos.— Librería de Subirana, hermanos, editores.— Barcelona.

SALICILATOS
 DE BISMUTO Y CERIO
 DE VIVAS PEREZ

Adoptados de Real orden
 por el Ministerio de Marina.

Recomendados por la
 Real Academia de Medicina.

MONTERA 23
 RELOJES
 DE PRECISION Y CONFIANZA

JORGE G. GIROD
 Sucesor de Losada.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de **INDISPOSICIONES** del **TUBO DIGESTIVO**, **VÓMITOS** y **DIARREAS**; de los **TÍFICOS** de los **VIEJOS**; de los **NIÑOS**, **CÓLERA**, **TÍFUS**, **DISENTERÍA**; **VÓMITOS** de las **EMBARAZADAS** y de los **NIÑOS**; **CATA-**



RROS y ULCERAS del **ESTÓMAGO**; **PIROXIS** con **ERUPTOS FÉTIDOS**; **REUMATISMO** y **AFECIONES HÚMEDAS** de la **PIEL**. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público, tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS.—DESCONFIAR DE LAS IMITACIONES.

Medicamentos especiales que elabora en gran escala la casa

ALMERÁ DE BARCELONA

Jarabe Almería de clorofosfato cálcico gelatinoso.

Nuevo remedio de grandes y admirables efectos, según atestigua la experiencia de más de doce años, contra la **DEBILIDAD**, tanto de los **NIÑOS** como de los adultos. Aviva el apetito y facilita el desarrollo de un modo extraordinario; no tiene rival, pues es el mejor de los reconstituyentes.—Precio, 12 reales frasco.

Licor brea arsenical. Es de eficacia segura contra las herpes y humores. Purifica y refresca.—Precio, 8 reales frasco.

Productos vitivinícolas Vino seco y dulce, purísimo para el uso de la Farmacia y para celebrar el **SANTO SACRIFICIO DE LA MISA**.

Vides americanas resistentes á la **floxera**, las primeras que se cultivaron en España.

Vinos medicinales por fermentación. Despacho central, Xuclá, 21, Farmacia Almería, Barcelona; Laboratorio-Fábrica, San Juan de Vilasar, Era, 14, y San Sebastián, 1 y 2.

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS
 DE
ZOZAYA, (Editor).
 PROVEEDOR DE LA REAL CASA
 Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA
34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

GRAN ALMACEN
 DE
PORCELANA, LOZA Y CRISTALERIA

Vajillas, grandes surtidos, nuevos y variados dibujos, muy baratas copas cristal para agua, 5 pesetas docena; copas para vino, 4 id.; para licor, 3; botellas, Juegos de lavabo, Juegos de café, licorerías, jarrones, tazas, jicaras, objetos de capricho para regalo.

CALLE DE ESPOZ Y MINA NUM. 40 (esquina á la plaza del Angel.)
 No equivocarse, fiarse en las señas.

SEÑORAS

La perfumería
THOMAS
 es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería
THOMAS
 es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el **Heliotropo blanco**, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería
THOMAS
 es la que presenta en sus anaques un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería
THOMAS
 está situada en la calle **MAYOR, 36**. Fijarse bien en las señas: **número 36**, entre las calles de Coloreros y Bordadores.
 Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.

LA ANTIGUA Y CONOCIDA CASA
CH. DENIS
 PARIS.—4, rue Manuel.—PARÍS

Se encarga de la compra en comisión, así como de la expedición de toda clase de mercancías, como perfumería, droguería, especialidades farmacéuticas, ropa, telas, maquinaria, etc.; del envío de precios y tarifas, pues cuenta con las relaciones de las primeras casas de Francia.

También se encarga la casa de tomar suscripciones á todos los periódicos de París.

Todas las cartas deben llevar un sello de correo español de 0,25 pesetas para la contestación.

EL SACERDOTE PERFECTO
 6
TRATADO DE TEOLOGÍA PASTORAL
 POR EL

Muy Ilustre Señor Don José Cadena y Eleta

Obra utilísima al clero, en la cual se trata con estilo claro y sencillo de la formación del espíritu del Sacerdote católico en todas las manifestaciones de la vida pastoral.

Un tomo en 4.º, 3 pesetas en rústica, y 3,50 encuadernado en tela.

TRATADO TEÓRICO PRÁCTICO
 DE
 procedimientos eclesiásticos en materia civil y criminal
 POR EL MISMO AUTOR

Dos tomos en 4.º, 12,50 pesetas en rústica, y 15 en pasta.

Ambas obras se hallan de venta en la Librería Religiosa del sucesor de Aguado Pontejos, 8, Madrid.